

La Ilustración Artística

AÑO XXIII

← BARCELONA 12 DE SEPTIEMBRE DE 1904 →

NÚM. 1.185

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1904.)



UN PRIMO DE DON GUZMÁN, Ó ASÍ SE PINTA LA HISTORIA,

cuadro de Segundo Cabello Izarra

SUMARIO

Texto.—Crónica de teatros, por Zeda. — *La fuga... de Bach*, por Félix Limendoux, ilustrado por Mas y Fondevila. — *Barcelona retrospectiva*, por Juan Valero de Tornos. — *Figuras contemporáneas*. *Coppée*, por Ruy Blas. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*, por R. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *La Zarzalera*, novela de P. Bertnay, con ilustraciones de Simont (continuación). — *El afán de prosperidad en los monos*, por R. L. Garner. — *Libros*.

Grabados.— *Un primo de Don Guzmán, ó Así se pinta la Historia*, cuadro de Segundo Cabello Izarra. — *Boceto del monumento que ha de erigirse en Arezzo (Italia) á la memoria del Petrarca*, obra de los escultores Guerri y Romanelli. — *Francisco Coppée en su despacho*. — *Fachada de la casa donde vive Coppée*. — *Francisco Coppée*. — *Caricatura de Coppée*, por Leandre. — *Autógrafo de Coppée*. — *Guerra ruso-japonesa*. *El mayor general príncipe Orbelliani*. *El teniente general barón Meyendorff*. *El teniente general Dembrowski*. *Un combate en plena tormenta*. — *Saturno y las cuatro Estaciones*, cuadro de E. Verth. — *Niños pescadores*, cuadro de Leonardo Bazzaro. — *El célebre pintor francés Fantin-Latour*. — *Representación de la ópera «Armida» de Gluck en las Arenas de Beziers*. — Cuatro grabados que ilustran el artículo *El afán de prosperidad en los monos*. — *Paisaje*, cuadro de Joaquín Vayreda.

CRÓNICA DE TEATROS

La moda, un tanto complicada con el *snobismo*, ha desarrollado en una parte del público francés la afición á las representaciones de obras pertenecientes al antiguo teatro helénico. Hace algún tiempo, Mauricio Donnay regocijó á los más refinados parisienses con un arreglo, ó cosa así, de la célebre comedia de Aristófanes titulada *Lisistrata*, en la cual comedia las mujeres atenienses se comprometen á abstenerse de todo trato con sus maridos hasta que éstos hagan las paces con los lacedemonios. La obra de Aristófanes, corregida y aumentada por Donnay, gustó mucho en París, creo yo más por lo escabroso del asunto que por las sales que hubo de poner en ella el gran cómico griego.

Después Sófocles y Eurípides, un tanto modernizados ó adaptados á los gustos actuales, han salido de sus sepulcros para divertir á los que á sí mismos se llaman modernos atenienses. *Edipo rey*, *Hipólito coronado*, *Medea*, *Ifigenia en Aulide* y no sé si alguna tragedia más, remozadas por inteligentes refundidores, han visto recientemente, como dicen por allá, las luces de la rampa... Digo mal: antes de ver la luz de la batería han gozado de la luz del sol, puesto que han sido representadas al aire libre de manera semejante á como se representaban en los siglos clásicos.

* *

Una de estas representaciones, la de *Ifigenia en Aulide*, tragedia de Eurípides, arreglada por Juan Morias, muy versado, según parece, en la lengua y literatura griegas, se ha verificado en Orange. Sabido es que en esta ciudad francesa existe un teatro romano que, á pesar de las injurias del tiempo, conserva algo todavía de su pasada grandeza. Es de suponer que se habrán hecho en él algunas obras, á fin de que el público haya podido contemplar con alguna comodidad las angustias de la pobre hija de Agamemnon, condenada por su propio padre y por el egoísmo del ejército griego á ser inmolada en el altar de la vengativa Diana.

El teatro de Orange, como todos los de la antigüedad griega y romana, constaba de tres partes principales: el proscenio, la orquesta y la gradería. La gradería era para los espectadores, colocándose, como es natural, en primera fila las personas de más significación é importancia; la orquesta, que equivalía al patio de los teatros modernos, estaba reservada al coro que desde allí animaba á los héroes con sus exhortaciones, ó censuraba su conducta ó lamentaba sus desdichas. A veces tomaba parte más activa en la representación, trasladándose entonces al proscenio por dos escaleras colocadas á uno y otro lado de la escena. El fondo del teatro formábase una gran fachada con tres puertas; la del centro se llamaba *puerta real*, y por ella hacía su entrada en escena exclusivamente el protagonista.

La capacidad de los teatros solía ser enorme; en algunos cabían hasta cincuenta mil espectadores, lo que permitía asistir á las funciones teatrales á todo un pueblo, condición que influía grandemente en el carácter de las obras escénicas. Para que fuese oída la voz de los actores desde todos los lados del teatro,

la máscara que usaban los representantes tenía en la parte correspondiente á la boca una especie de bocina que aumentaba considerablemente el volumen de la voz. Además se situaban convenientemente distribuidos por las galerías vasos acústicos que daban gran sonoridad á la declamación. Con objeto de que la figura del actor fuese vista por todo el público, calzabase aquél el zapato de alta suela llamado *co-turmo*.

A las representaciones cómicas de Atenas no iban mujeres, y hacían muy bien, pues en las comedias antiguas ó aristofanescas reinaba una libertad verdaderamente cínica. En cambio, el elemento femenino formaba una gran parte del público que asistía á las tragedias. De la maquinaria del teatro griego se sabe poco, aunque se supone por el argumento de algunas de sus obras que debía ser muy complicada é ingeniosa. Lo que sí se sabe de cierto es que completaban el espectáculo, ó mejor dicho, servían de grande y hermoso marco de la obra escénica los campos, las colinas, el mar y los montes lejanos, de techumbre el cielo y de lámpara el sol. Imagínese ahora cuánto ganarían aquellas creaciones de Esquilo, Sófocles y Eurípides realzadas por el concurso de la Naturaleza, unificándose ó armonizándose en ellas la obra del artista con la obra de los dioses.

* *

En nuestros teatros modernos todo es artificioso y convencional: el sol está figurado por la luz de baterías y candilejas, los árboles son de cartón, los muros de papel, las nubes de lienzo. Esta pueril imitación de la realidad que convierte el teatro, en muchas ocasiones, en algo parecido á esos nacimientos con que los niños solemnizan las fiestas de Navidad, quita la ilusión á los espectadores y trueca en ridícula la impresión que debiera ser trágica ó dramática. ¿Cómo es posible que ante una montaña que se bambolea oigamos sin sonreírnos aquellas hipérboles de Rosaura ante

... el monte eminente
que arruga al sol el ceño de su frente?

La hermosa escena de Justina en *El Mágico prodigioso*, cuando la inocente doncella cree oír en las voces misteriosas de la Naturaleza el himno sugestivo del amor, ¿podía producir el efecto soñado por el poeta presentada en un tablado con árboles pintados, riscos de cartón y cielo de percalina?

Si las obras de Shakespeare, Lope, Calderón y Tirso producían en la época en que se escribieron toda la emoción estética que eran capaces de producir, se debió quizás á la misma ausencia ó pobreza del decorado. La imaginación evoca fácilmente por sí misma, sin necesidad de auxiliares plásticos, cuanto le sugiere la poesía. Esta pinta con más verdad que el mejor escenógrafo. Cuando queremos sustituir á la libre y poderosa fuerza de evocación de la fantasía la representación pobre y deficiente de la realidad con procedimientos tan infantiles como los que el teatro emplea al presente, el efecto artístico se convierte en algo grotesco que excita nuestra risa.

Un ejemplo. El último acto del *Don Juan Tenorio*, leído, nos da idea grandiosa de la lucha que el alma ya desligada del cuerpo sostiene entre sus dudas y su fe: es aquello como la exteriorización de la conciencia de D. Juan; la agonía con todas sus visiones, sus terrores, sus esperanzas... Quizás es este acto el mejor del célebre drama. En cambio es desastroso el efecto que producen en el público aquellos espectros que parecen bañistas envueltos en sus sábanas, aquellos sepulcros que se abren como cajas de sorpresa, aquel Comendador enharinado, aquellos sauces y cipreses de papel... Cien veces he visto el *Don Juan Tenorio*, y cien veces he oído risas y murmullos durante la representación del último acto, y eso que el drama de Zorrilla se ha representado recientemente con esmero verdaderamente extraordinario.

* *

De todas veras creo que el prosaísmo del teatro contemporáneo y lo estrecho de sus límites tienen por causas principales la mentira infantil del decorado y de la *mise en scene*. Para dar la impresión de la verdad el drama y la comedia han tenido que encerrarse entre las cuatro paredes de una casa pobre, decente ó lujosamente amueblada. Todo esto puede imitarse con absoluta propiedad; lo otro, el cielo, el mar, el campo, á pesar de los adelantos del arte escenográfico, en vez de aumentar la ilusión de los espectadores, lo que hace es anularla por completo.

Síguese de aquí que si el teatro ha de ser, no como es ahora, una pobre intriga desarrollada prosai-

camente en un interior casi siempre burgués, sino la representación de los grandes conflictos humanos, lo mismo los que nacen del antagonismo de las pasiones y caracteres que los que surgen de la oposición de los intereses colectivos ó de las luchas de los ideales, si en la escena han de representarse de un modo artístico, en el verdadero sentido de la palabra, los dramas de Shakespeare, de Lope, de Tirso, de Calderón, de Schiller, del Duque de Rivas, si la literatura dramática, en una palabra, ha de recobrar su pasado esplendor, es menester que el teatro, el escenario, el decorado y la *mise en scene* se modifiquen esencialmente. Sólo ampliando los límites materiales de la escena podrá ensancharse el campo de la literatura dramática.

Muchos de los dramas antiguos y algunos de los modernos podrían representarse mejor sin decorado que con el decorado y maquinaria que se gasta en nuestros teatros modernos. ¿En qué escenario de los que conocemos cabrían *Brand*, *Emperador y Galileo*, *Peer Gint*, *El rey*, de Bjornson, ó *La campana sumergida*, de Hauptmann? ¿Es posible que causen en el público el efecto apetecido, con los medios actuales, las obras de Mæterlinck? *Barba Azul*, por ejemplo, del escritor belga, ¿no nos parecería en lo relativo al decorado y *mise en scene* mucho más ridículo que lo que resultaron en Madrid las decoraciones y artificios con que se representaron el invierno pasado en la Comedia *Monna Vanna*, *Aglavaine* y *Selissete y Joicelle*?

Dado el estado actual del teatro, en lo referente á sus condiciones materiales, no hay más remedio que reducirlo á los límites en que lo encerrara Moratin, el cual se burlaba, olvidando, sin duda, á los mismos trágicos de Grecia, de que se hiciese una comedia del sitio de una ciudad.

Por otra parte, del teatro *serio* está en la actualidad excluido, casi totalmente, el pueblo, no porque á éste no le gusten los dramas y comedias, sino porque en las modernas salas de espectáculo se atiende más al lujo que á la capacidad, y las empresas se ven obligadas, para poder defenderse, á vender á alto precio las localidades. De aquí que en la escena moderna, en vez de triunfar la inspiración vigorosa y varonil del verdadero poeta, en cuya voz, *os magna sonaturum*, vibran las ansias, las pasiones y los sentimientos de las multitudes, adquiere aplausos el arte afeminado de *boudoir*, con su artificioso psicologismo y sus epigramas femeniles. No; mientras el pueblo no tenga cabida en el teatro grande, el arte dramático podrá ser muy exquisito, muy quintaesenciado, pero no será el gran espejo en que la sociedad, de la cual forman parte grandes y pequeños, pueda ver retratada su fisonomía.

¿Cómo habrá de ser la reforma del teatro? ¿Será necesario que busque el aire libre y el concurso, por lo tanto, de las bellezas naturales? ¿Será menester prescindir del decorado, á fin de que la fantasía del espectador supla lo que el escenógrafo y el maquinista no pueden imitar más que de un modo inverosímil y ramplón? ¿Se conseguirá—como ahora se trata en algunos teatros extranjeros—sustituir ventajosamente con efectos de luz las deficiencias de la pintura? Yo no lo sé; pero de lo que sí estoy cierto es de que con los actuales medios escénicos no podrá el arte moderno conquistar aquella grandeza que alcanzó en tiempos en que apenas existían el decorado, la maquinaria y la *mise en scene*. Hoy el arte dramático se ahoga entre bambalinas y bastidores.

* *

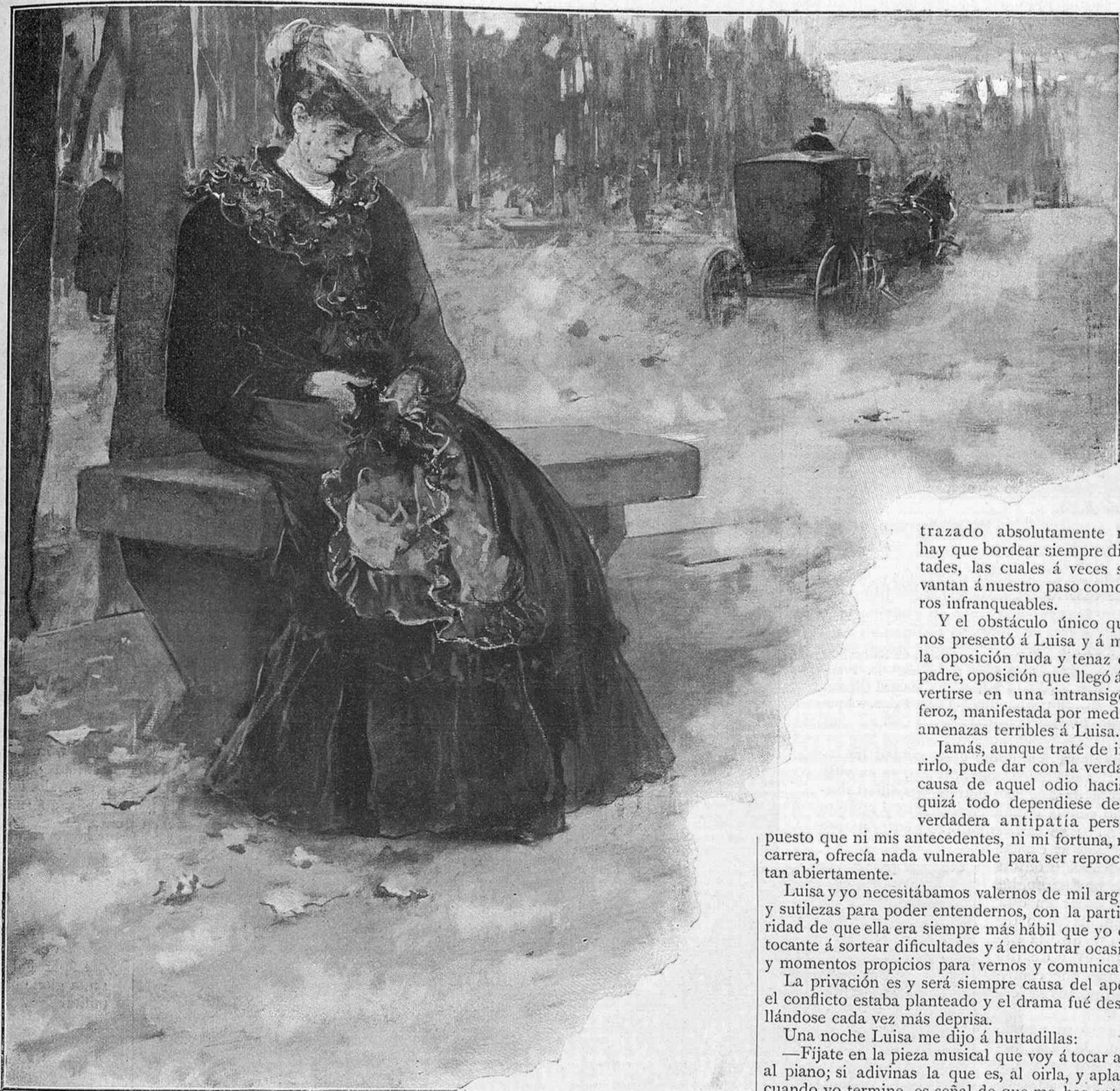
Terminada ya esta crónica, llega á mis oídos la noticia de la muerte de José Vallés, actor que durante muchos años disfrutó con justicia del favor del público madrileño.

Fué discípulo del gran Romea, del cual adquirió la naturalidad, condición esencial de la declamación escénica. En el teatro de Variedades, destruído hace algunos años por el fuego, conquistó Vallés su envidiable reputación; y al lado de Mario en la Comedia y con María Tubau en la Princesa ocupó puestos distinguidos.

Los últimos aplausos, y por cierto muy calurosos y entusiastas, los oyó dos meses ha en el teatro de la Comedia representando el papel del *Cano* en *Juan José* en compañía del actor catalán Borrás. A pesar de lo quebrantado de su salud, de lo débil de sus fuerzas y de lo demacrado de su semblante, hizo Vallés su papel con la misma perfección y maestría que en la noche ya remota en que se estrenó el popular drama de Dicenta.

Los aplausos de hace dos meses fueron la cariñosa despedida del público al inteligente y laborioso artista.

ZEDA.



Allí estaba ella, sola, abstraída, anhelando, riñendo tal vez en su interior...

LA FUGA DE... BACH

Sentiría mucho que mis palabras las interpretase el lector como un alarde de vanidad donjuanesca; juro á Dios que el relato de esta aventura no envuelve la más mínima petulancia, ni al referirla hoy, pasados ya los años, me guía ningún propósito malévolo ni el afán insano de que se me admire por «lo que fui» en clase de galán irresistible y conquistador.

Ocurrió tal como voy á contarle, y hay que rendirse á la evidencia de la verdad histórica.

**

Ello fué que Luisa, aquella criatura encantadora que tantos admiradores tuvo, llegó á enamorarse de mí perdidamente.

Aunque es cierto que yo, de mi parte, puse en juego toda la batería amorosa de que dispone un hombre joven y toda la estrategia de quien lleva ya reñidas infinitas batallas con el corazón femenino, no es menos cierto que mi habilidad hubiera sido totalmente nula si ella, por su parte, no hubiese abandonado la defensa de la plaza, rindiéndose muy gustosa al enemigo con armas y bagajes y llegando hasta el extremo de que éste impusiese cuantas condiciones se le antojasen.

Fué un verdadero triunfo, porque además existía el precedente de que la fortaleza había sufrido ya repetidos ataques sin que ninguno de ellos llegase á abrir la más mínima brecha en la muralla.

La belleza de Luisa y el capital de su dote eran

cebo poderoso de cuantos mariposeaban á su alrededor; no es esto decir que todos pretendiesen á Luisa guiados exclusivamente por el interés mezquino; muchos lo harían seguramente impulsados por el acicate poderoso del amor; pero es lo cierto que ella medía á todos con igual rasero, y hacía tanto caso de los que la miraban con ojos de codicia como de aquellos que la envolvían en miradas de fuego parpadeantes de amor.

Yo, única y exclusivamente yo (y vuelvo á pedir perdón por la brusca rudeza con que lo digo), fui el mortal afortunado que supo ó pudo llegar rectamente al corazón de Luisa.

La prueba más terminante de lo que digo fué su propia «declaración.»

Hablábamos una noche en su palco del Real durante uno de los entreactos de la ópera; reprochábale yo, con discreteos exquisitos, su desdén absoluto á todos cuantos la galanteaban, y en el calor de la conversación que sosteníamos sin que nadie nos oyese y poniendo sus ojos negros en los míos que la admiraban, exclamó bajando aún más la voz y atropellando las palabras que se escapaban de sus labios de rosa:

—Yo no puedo querer á ningún hombre que no tenga las cualidades de usted.

Aquella fué la rendición de la plaza: las condiciones vinieron después.

**

Pero nada hay completo en la vida, ni el camino que conduce á la felicidad en la tierra obedece á un

trazado absolutamente recto: hay que bordear siempre dificultades, las cuales á veces se levantan á nuestro paso como muros infranqueables.

Y el obstáculo único que se nos presentó á Luisa y á mí fué la oposición ruda y tenaz de su padre, oposición que llegó á convertirse en una intransigencia feroz, manifestada por medio de amenazas terribles á Luisa.

Jamás, aunque traté de inquirirlo, pude dar con la verdadera causa de aquel odio hacia mí; quizá todo dependiese de una verdadera antipatía personal,

puesto que ni mis antecedentes, ni mi fortuna, ni mi carrera, ofrecía nada vulnerable para ser reprochado tan abiertamente.

Luisa y yo necesitábamos valernos de mil argucias y sutilezas para poder entendernos, con la particularidad de que ella era siempre más hábil que yo en lo tocante á sortear dificultades y á encontrar ocasiones y momentos propicios para vernos y comunicarnos.

La privación es y será siempre causa del apetito: el conflicto estaba planteado y el drama fué desarrollándose cada vez más deprisa.

Una noche Luisa me dijo á hurtadillas:

—Fíjate en la pieza musical que voy á tocar ahora al piano; si adivinas la que es, al oír, y aplaudes cuando yo termine, es señal de que me has entendido y en ese caso te espero mañana en el Retiro, en el banco que tú sabes, á las cinco en punto.

De momento no comprendí el alcance de lo que me decía; pero al oír los primeros acordes del piano recordé la melodía de aquella pieza musical muy conocida.

Luisa tocaba *La fuga de Bach*.

No había duda, pues, del sentido de sus palabras: me proponía la fuga como epílogo y prólogo á la vez de nuestros amores.

En aquel instante no tuve serenidad de juicio para reflexionar; sólo sé que al terminar Luisa la ejecución de aquel trozo lírico aplaudí con más entusiasmo que todos cuantos se hallaban en el salón.

**

¡Tardes de otoño grises y melancólicas. Lleváis en vuestro ambiente la patina de tristeza que cubre como un velo los corazones enamorados.

Las alamedas del gran parque comenzaban á cubrirse de hojas secas que á impulso del viento iban rastreando por el suelo y arañando la tierra con desconsolador chirrido.

El azul opaco del cielo hacía densa la atmósfera, á través de la cual se tamizaba esa luz vaga é indefinida del crepúsculo otoñal.

Yo había salido de casa, loco de amor y de entusiasmo; refugiado en el interior del coche, saboreaba deleitosamente placeres que mi imaginación me anticipaba; el poema del amor dictaba á mi fantasía estrofas sublimes de inefable dulzura á punto de convertirse en realidad enloquecedora.

El coche dejó atrás el bullicio y la animación de la gran urbe é internóse por las avenidas del paseo.

Como si el tono gris del crepúsculo invadiese de pronto mi espíritu, una tristeza y un desasosiego inexplicables se apoderaron de mí.

Pensé entonces en lo grave del momento, en lo difícil de la situación.

Aquel arresto de Luisa, ¿no sería tal vez la determinante de su infelicidad? ¿No caerían sobre ella la maldición de su padre y el desprecio de las gentes, doble anatema para el porvenir?..

A lo lejos divisé el banco de piedra que rodeaba el tronco de añoso árbol...

Allí estaba ella, sola, abstraída, anhelando, riñendo tal vez en su interior la batalla entablada entre el amor y el deber. Pero su decisión estaba manifiesta al esperarme allí, puntual á la cita, ¡rendida á discreción!..

El coche pasó al trote largo de los caballos que levantaron una nube de polvo á través de la cual Luisa no pudo verme.

El cochero no recibió de mí la orden de detenerse.

¿Hice bien?

Preguntádselo al marqués de Q, que es hoy feliz esposo de Luisa, la cual es seguro que no haya vuelto á tocar en su vida *La fuga de Bach*.

FÉLIX LIMENDOUX.

BARCELONA RETROSPECTIVA

II

Sumario: Cómo se hizo la Exposición de Barcelona. — Pensamiento de Serrano Casanova. — D. Francisco de Paula Rius y Taulet. — D. Manuel Girona. — D. Manuel Durán y Bas. — López Fabra. — Rouviere. — Pirozzini.

Barcelona, que como gran ciudad ha tenido siempre mucha importancia, en su vida cosmopolita adquirió grande y positivo desarrollo con la última Exposición; y aunque sólo han transcurrido catorce años, durante los cuales la capital ha marchado de un modo prodigioso, he de recordar en esta cróniquilla algo de cómo se hizo la Exposición y de los hombres que contribuyeron á sus esplendores.

Nació el pensamiento de un Sr. Serrano Casanova, á quien, si todavía vive, saludo desde aquí cariñosamente.

Quiso el Sr. Serrano hacer una Exposición, llevada á cabo por una empresa; fué poco á poco buscando apoyo en el Municipio barcelonés y en otras entidades; y cuando la Exposición estaba anunciada y Barcelona comprometida, y Serrano no había podido dominar las dificultades financieras para su ejecución, Rius y Taulet en primer término, con una clarevidencia extraordinaria, y el Ayuntamiento después, se encargaron de llevarla á cabo.

Por aquel entonces era yo recadista y casi amanuense de cierto escritor que había representado á España en la Comisaría regia de la Exposición de 1879 en París; escritor que tomó una parte muy activa en la propaganda y en la organización de aquel certamen, y entonces conocí y traté á los que más contribuyeron á aquella gran fiesta.

Permitáseme dedicar un recuerdo á aquellos hombres, é insistir en algo de lo que he dicho en otra parte.

Si no se supiera que Rius y Taulet era alcalde y abogado, á primera vista parecería un banquero belga.

Tenía reposada la fisonomía, matemáticamente ta-

lladas las patillas y la calva más limpia y reluciente que un espejo.

No se alteraba jamás, y tenía una igualdad y una perseverancia de carácter, que se revelaban en los detalles más insignificantes. Rius echaba de mil á mil quinientas firmas diarias. Todas eran iguales, exactamente iguales.

Cuando pensaba, no volaba; pero estaba pensando siempre.

Al cabo del año, tenía más ideas que los que repentizan muchas.

Era un trabajador infatigable: se sentaba en el bu-

hombre por cuyas manos han pasado los negocios más importantes de la ciudad.

Envuelto en su bata gris y con su gorro *bourgeois* en la cabeza desde las ocho de la mañana hasta las once, recibía á amigos y clientes, porque aun siendo alcalde ejercía la abogacía; y, durante las fiestas de la Exposición, entre recibir á un rey y presidir un Congreso, se le ha visto subir las escaleras de la Audiencia, repasando un rollo, para asistir como letrado á un juicio oral. Tenía muchos enemigos y no le preocupaban nada. No amaba la lisonja, pero estimaba mucho la consideración. Tenía una habilidad particularísima para aunar voluntades, y sabía sacrificar el amor propio al ideal legítimo que se proponía.

No iba nunca al teatro: no fumaba; el hombre que ha dado y presidido tantos banquetes, era sobrio en el comer.

El Champagne le servía sólo de pretexto para hablar bien de Barcelona.

Fué la piedra angular de la Exposición Universal, y aunque repito que era modesto, tengo la evidencia de que allá, en lo más recóndito de su ser, estaba persuadido de que la posteridad le reservaba una página importante en la historia. Si no hubiera conocido esto, no hubiera sido un hombre inteligente. La posteridad ha hecho justicia á aquel grande hombre, modelo de caballeros y de alcaldes.

Don Manuel Girona, de quien decía por entonces mi amo que tenía aire entre militar retirado y obispo protestante que se había cortado la melena, fué comisario regio de aquella Exposición, y dió grandísimas pruebas de entendimiento y de patriotismo armonizando las tendencias del gobierno y de la junta.

También conocí y traté mucho entonces á D. Manuel Durán y Bas, que vino á la Exposición sin entusiasmo, por cumplir un deber con Barcelona, cuyo honor vió comprometido en aquella empresa. Pero ya dentro de la junta, hizo cuanto pudo por sacarla adelante. Vicepresidente de la Comisión ejecutiva, decano de la Facultad de Derecho, abogado en ejercicio, encontraba tiempo para todo: recibía por la mañana á sus clientes hasta las doce en punto, asistía á cuatro ó

cinco juntas diarias, presidía la Comisión ejecutiva, y durante el verano aún le quedaba tiempo para pasar unas horas por la tarde en su casa de Sarriá.

López Fabra—que santa gloria haya—fué militar y conservaba de la ordenanza admirables costumbres de orden. En cuestiones de Exposiciones era un verdadero veterano: había estado en las de París y Viena, y sido comisario de España en la de Filadelfia.

Rouviere, de quien decía mi amo que era un positivista dentro de un psicólogo, indulgente como pocos con la opinión ajena, á pesar de tener la suya sumamente arraigada, infatigable para el trabajo, fué el Delegado de aquella Exposición, y trabajó mucho en unión de Pirozzini.

que era el Secretario de la Exposición y hacía de todo, escribir circulares, organizar banquetes, cuidar de los fuegos artificiales, despachar expedientes, y aunque dicen que las cantidades heterogéneas no se suman, el trabajo de Pirozzini fué de grandísimos resultados.

A todos estos ayudó grandemente D. Elias Rogent, arquitecto distinguidísimo y presidente de la Comisión de Obras, cuyo trabajo titánico bien merecía que la ciudad de Barcelona hubiera dado su nombre á alguna de sus calles.

De lo que fué aquella Exposición me ocuparé en la tercera y última crónica.

UN PORTERO DEL OBSERVATORIO.

Por la copia,

JUAN VALERO DE TORNOS.



Boceto del monumento que ha de erigirse en Arezzo (Italia) á la memoria del Petrarca y cuya primera piedra se colocó recientemente, durante las fiestas celebradas en conmemoración del 600.º aniversario del nacimiento del poeta. Obra de los escultores Guerri y Romanelli.

fete y estaba ocho horas seguidas trabajando, sin fumar, sin beber, sin escupir.

Cuando le interrumpían en su trabajo, no se molestaba, no se enfadaba: recibía afable al que le interrumpía, y continuaba y continuaba como si no le hubieran interrumpido.

Hay en el mundo quien ama las mujeres, las artes, los viajes, los caballos, la política, la mesa, cualquier pasión, en fin. Rius tenía por toda distracción, por meta de su alma, el afán de engrandecer á Barcelona.

Para su querida ciudad todo le parecía pequeño. Para él todo grande.

Vivía con una modestia inexplicable, y su despacho no sólo no era elegante, sino que era humilde.

Aquellas sillas de enea, aquella estera y aquella mesa modestísima, eran un timbre de gloria para el



Despacho de FRANCISCO COPPÉE



Fachada de la casa donde vive COPPÉE

FIGURAS CONTEMPORÁNEAS

COPPÉE

Cuando, con su timidez y aspecto de seminarista, recitaba sus primeros versos en las tertulias literarias de mi vieja amiga la marquesa de Ricard, el modesto autor del *Relicario* no podía imaginarse que, andando



FRANCISCO COPPÉE

el tiempo, adquiriría fama suficiente para que se le pudiese biografiar prescindiendo de su nombre de pila. Llamándole Coppée á secas, sus contemporáneos le han otorgado esa ejecutoria de grandeza de primera clase que únicamente se concede á los hombres verdaderamente ilustres.

Conoci á Francisco Coppée en los comienzos de su carrera literaria, cuando en los salones de París alternaba con Verlaine, León Dierx y otros hijos del Parnaso en la lectura de versos que se publicaban entonces en revistas de escasa circulación.

Le vi después en su casa de la calle de Oudinot, poetizada por un bonito jardín. En aquel simpático recinto, verdadero nido de poeta, se reunían de vez en cuando á pasar la velada los amigos íntimos de Coppée, y éste se mostraba entre ellos risueño y feliz, cordial y expansivo, al lado de su queridísima hermana que tuvo siempre para él cuidados asiduos y entrañable afecto, como quien suple á la madre perdida cuando aún hacía falta el calor de su regazo.

Todo respiraba arte en aquella casita llena de libros y de cuadros con dedicatorias de los autores; preciosos recuerdos amistosos y homenajes de admira-

ción y de simpatía. Todo, allí, revelaba á un poeta-artista eminentemente parisiense. Porque Coppée es de los pocos parisienses nacidos en París de padres también nacidos en la gran ciudad. Su infancia se pasó entre las luchas de una familia pobre por una vida honrada. Hay en su poema de *Olivier* conmovedores recuerdos de su triste juventud. En tanto que él estudiaba en un colegio, su padre sostenía á la familia con el modesto sueldo de empleado en las oficinas de Guerra, su madre atendía á los quehaceres de la casa y sus hermanas mayores copiaban cuadros en el museo del Louvre. Educado por mujeres en un ambiente artístico, la sensibilidad y el buen gusto de Coppée se desarrollaron muy pronto.

En un pasaje de no recuerdo qué obra suya, pinta así al muchacho parisiense impresionable y soñador:

«El verdadero parisiense ama á París como á una patria; allí le sujetan las invisibles cadenas del corazón, y si se ve obligado á alejarse por algún tiempo, experimentará, como madama de Stael, la nostalgia de su querido arroyo de la calle del Bac. El que os habla es uno de esos parisienses. En esa ciudad de la cual, como se lamentaba Alfredo de Musset, conoce todos los arroyos, mil recuerdos le atraen, en los paseos, en todas las esquinas. Una tranquila calle del barrio de San Germán, cuyo silencio turba raras veces el ruido de un landó ó de un cupé de casa particular, le recuerda toda su infancia; no puede pasar por delante de cierta casa de esa calle sin mirar arriba un balcón del quinto piso, sin volver á verse chiquitín en su alta silla, sentado á aquella mesa de familia cuyos puestos ¡ay! han ido espaciándose poco á poco y donde ya no quedan hoy más comensales que él y su querida hermana, que le quiere por todos los muertos y todos los ausentes. No se detiene jamás delante de las librerías al aire libre de los pórticos del Odeón—que son, entre paréntesis, una de las amables originalidades de París,—sin acordarse de la época en que, con sus cuadernos de colegial debajo del brazo, hacía allí largas estancias, leyendo *gratis* los libros de los poetas que ya tanto le gustaban. Hay, en fin, en cierto sitio—no dirá dónde—una pequeña ventana que divisa al pasearse por cierto jardín público y que no puede mirar en otoño, á eso de las cinco de la tarde, cuando el sol poniente arroja en ella como un reflejo de incendio, sin que su corazón se ponga á palpar, como le sentía latir, hace tiempo, mucho tiempo, pero en la misma estación y á la misma hora, cuando acudía á aquella morada con la embriaguez de los veinte años y cuando la pequeña ventana, rodeada entonces de un marco de capuchinas, se abría de pronto y dejaba ver entre el follaje y las flores una cabeza rubia que sonreía de lejos.»

¿Se enfadará Coppée si cometo la indiscreción de añadir que la calle á que se refiere es la de Monsieur le Prince, y el jardín de sus amorosos recuerdos el Luxemburgo?

Por los años de 1856, cuando él apenas contaría catorce, tuvo que privarse de la enseñanza del colegio, sin haber obtenido siquiera el grado de bachiller, porque el escaso sueldo de su padre, ya retirado de sus modestas funciones administrativas, no daba para

tanto. Pero el muchacho completó por sí mismo su instrucción, estudiando asiduamente todas las noches en la biblioteca de Santa Genoveva. Fué el padre atacado de parálisis cerebral; la familia se mudó á las alturas de Montmartre, y el hijo del empleado paralítico fué durante dos años meritorio, sin sueldo alguno, en el ministerio de la Guerra. ¡Epoca de privaciones y de recuerdos tristísimos, que, sin embargo, no han dejado en esa naturaleza privilegiada más huellas ni más sentimiento que una piedad infinita por todos los sufrimientos humanos! En su bondadoso carácter y risueña filosofía, tenía á quién imitar. Su madre, modelo sublime de abnegación y confianza, daba el ejemplo, y su hermana mayor ayudaba á la familia con el escaso producto de sus restauraciones de cuadros viejos.

Murió el padre, y Francisco Coppée, jefe de familia á los veinte años, ascendió de meritorio á emplea-



Caricatura de Coppée por Leandre

Le bonheur c'est d'être aimé.

Francisco Coppée

Autógrafo de Coppée

do con sueldo. Y continuó haciendo versos; pero aquella juventud privada de alegrías le entristeció para siempre.

A los veintitrés años contrajo amistad con Luis Xavier de Ricard, Cátulo Mendes, León Diex y demás poetas que constituían el grupo de los *Parnasiens*; hizo un tremendo auto de fe con tres ó cuatro mil versos de su juventud, y publicó á sus expensas el *Relicario*, preciosa colección de poesías, que alcanzó gran éxito entre los literatos, pero de la cual apenas se vendieron cien ejemplares. ¡Bonito negocio para un poeta tan pobre como él! Dos años después vió publicada su segunda colección: *Intimités*, por el



MAYOR GENERAL PRÍNCIPE ORBELIANI, comandante de la brigada de caballería del Cáucaso que opera en la Mandchuria.

ilustrado y simpático editor Alfonso Lemerre, cuya actual prosperidad ha venido á recompensar los sacrificios que hizo antaño por abrir el camino de la gloria y de la fortuna á los jóvenes poetas de su tiempo. Pero tampoco esta vez conquistó Coppée la ansiada popularidad. De su nuevo libro sólo se vendieron 70 ejemplares. Lemerre hacía muchos negocios de este género; pero sabía que no se recoge sin sembrar, y, conocedor de la semilla y del terreno, continuaba sembrando sin parar mientes en los sacrificios, puesta la esperanza en un porvenir que ha colmado después sus legítimas ambiciones.

Por fin, la casualidad de trabar conocimiento con la eminente actriz Srta. Agar hizo que se representara en el Odeón la comedia en un acto titulada *Le passant*. La decoración cambió de pronto, como en las magias, para el joven poeta, que se encontró de la noche á la mañana con mucho bombo y un poco de dinero.

Desde entonces dejó de llamarse Coppée para ser «el afortunado autor del *Passant*,» con perjuicio evidente de sus demás obras. Exasperado por tan injusta parcialidad y por la repetición eterna de aquella perífrasis, llegó á trinar contra su inocente *Passant*. Pero como él no es ingrato, le ha pedido después perdón por sus impacencias en estas sentidas palabras:

«Pobrecito *Passant*, dulce inspiración de una hora radiante de mis veinte años, perdóname los minutos de impaciencia y de mal humor que me causó á menudo tu nombre maliciosamente pronunciado para despreciar mis nuevas creaciones. No por eso has dejado de ser el hijo predilecto de mi juventud, el sueño de ideal y de amor que no se tiene más que una vez en la vida, y nunca he olvidado, gentil cantor de una clara noche de luna, que te debo esa primera recompensa del poeta, ese primer ramo de laurel que hice llorar de alegría á mi anciana madre y me dió para siempre el valor y la esperanza.»

Desde entonces, Coppée fué célebre, y sus versos, que antes nadie compraba, corrieron pronto de mano en mano, principalmente entre la juventud. Las grandes damas le invitaban á sus fiestas para que recitase versos en sus salones. Y estimulado por el éxito, multiplicó su trabajo, dando á la escena hermosos dramas y á la estampa inspirados poemas y preciosas colecciones de poesías, cuyos títulos son: *Les poèmes modernes*, *Le Cahier rouge*, *Olivier*, *Les humbles*, *Les récits et les élégies*, *Deux douleurs*, *L'abandonnée*, *Le rendez-vous*, *Le luthier de Crémone*, *Le trésor*, *Madame de Maintenon*, *Une idylle pendant le siège*, *Le Pater*, *Pour la Couronne*, *Severo Torelli*, sin contar

sus *Cuentos* en prosa y los innumerables artículos de actualidad que aparecen casi á diario en las columnas de los principales periódicos de París.

Renunció, hace muchos años, su empleo de bibliotecario del Senado en favor del poeta Leconte de Lisle, para aceptar más tarde igual cargo en la biblioteca del Teatro Francés. La Academia de la Lengua le abrió sus puertas de par en par, y hoy sería el más feliz de los inmortales, sin las graves dolencias que últimamente han puesto dos ó tres veces su vida en peligro y sin la parte que toma en los sufrimientos humanos que le rodean.

El conjunto de sus obras viene á ser la glorificación de los humildes, de los tímidos, de los desolados, de los que arrastran sin ruido y en la obscuridad las más pesadas cadenas, de los parias de la sociedad triunfante y dichosa, porque descubre en la conmovedora humildad de los pequeños la grandeza de los humanos destinos.

Su poesía, de un modernismo refinado, sin las extravagancias de los efectistas ni las ineptias de los decadentes, es nerviosa y sentida, llena de vigor y de ternura, de pasión y de gracia, sincera, animada, palpitante de interés, como reflejo clarísimo de las realidades cotidianas de la vida, idealizadas por un genio bondadoso.

RUY BLAS.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Continuando la descripción de la batalla de Liao-Yang, que dejamos interrumpida en nuestra crónica anterior, diremos algo de los combates librados desde el día 30 de agosto hasta el final de la acción que



TENIENTE GENERAL BARÓN MEYENDORF, comandante del primer cuerpo de ejército que opera en la Mandchuria

terminó con la retirada general del ejército de Kuropatkine.

El día 30 los japoneses atacaron las posiciones avanzadas rusas, especialmente el centro y el flanco derecho, pero fueron rechazados en todas partes. A media tarde, habiendo descubierto los rusos que el enemigo intentaba un movimiento envolvente contra el flanco derecho, enviaron allí algunos batallones de la reserva general que lograron, después de terrible lucha, hacer retroceder á sus contrarios. El combate terminó á las nueve de la noche.

El día 31 los japoneses, después de haber preparado su ataque con el fuego de su artillería, se lanzaron repetidas veces sobre las posiciones de los rusos, y si bien de momento consiguieron apoderarse de algunas, fueron éstas en seguida recuperadas á la bayoneta por los rusos. Hubo en aquella acción un verdadero duelo entre ambas artillerías que duró hasta las siete de la noche. A las diez se reanudó el combate, que cesó á las doce, sin resultado decisivo.

El día 1.º de septiembre, los rusos, no pudiendo ya resistir los continuados y cada vez más terribles ataques de los japoneses, comenzaron á abandonar sus posiciones avanzadas y comenzaron su retirada hacia Liao-Yang; movimiento tanto más prudente cuanto que el general Kuroki, separándose de los ejércitos de Nedzú y Okú, se dirigía hacia el Norte y atravesaba el río Tai-Tsé, con el propósito de cortar la retirada del enemigo por el lado de Mukden. Esto no obstante, Kuropatkine, con toda su reserva general, logró atajar el avance de Kuroki, y al llegar la

noche su ala derecha ocupaba una serie de posiciones enfrente de los japoneses.

En la noche del 1 al 2, éstos avanzaron de nuevo y consiguieron apoderarse de aquellas posiciones que, sin embargo, hubieron de abandonar al mediodía.

En la noche del 2 al 3, el ejército de Kuroki reanudó la ofensiva en toda la línea, y dos cuerpos rusos, el 3.º y el 17.º, hubieron de replegarse, y otro, el 1.º, vióse completamente cercado, y si bien pudo escapar, retrocedió hacia el Oeste, por haber interpretado mal la orden de retirada, dejando descubierto el flanco izquierdo de la línea ocupada por los rusos.

En estas condiciones, era imposible resistir por más tiempo, y el general Kuropatkine, comprendiendo que la obstinación podría ser peligrosa, dispuso en la mañana del 3 la evacuación de Liao-Yang, que se llevó á cabo no sin antes haber destruído todas las provisiones.

La retirada de los rusos hacia Mukden se efectúa en el mayor orden, sin que ningún cuerpo de ejército haya sido copado y sin que Kuroki haya podido ocupar ninguna de las posiciones que dominan el ferrocarril; y los japoneses, al entrar en Liao-Yang, han encontrado una ciudad en ruinas é incendiada, de donde los rusos habían sacado la mayor parte de víveres y municiones en ella almacenados.

Cierto que los rusos se ven perseguidos de cerca por los japoneses, pero los ataques de éstos han fracasado hasta ahora.

En esta terrible batalla de Liao-Yang, que indudablemente será una de las más memorables de las hasta ahora registradas por la historia, los japoneses han demostrado tanto orden y método como indomable valor; pero sería injusto no reconocer que de estas mismas cualidades han dado pruebas los rusos. Tal vez pueda censurarse al general Kuropatkine por haber fiado demasiado en sus fuerzas creyendo que las ventajas de sus posiciones podían compensar su inferioridad numérica, especialmente en artillería; mas preciso es confesar que ha desplegado mucha sangre fría, mucho talento y mucha energía para evitar un descalabro que muchos daban como seguro.

No pueden todavía precisarse las pérdidas de esta batalla. Cálculase, sin embargo, con muchos visos de certeza, que las de los rusos han sido 16.000 entre muertos y heridos y de 25.000 las de los japoneses.

El ejército ruso, al evacuar Liao-Yang, ha tenido que abandonar gran número de cañones de grueso calibre, si bien inutilizándolos antes; hácese ascender por algunos á 200 las piezas abandonadas, pero otras referencias permiten suponer que esta cifra es muy exagerada.

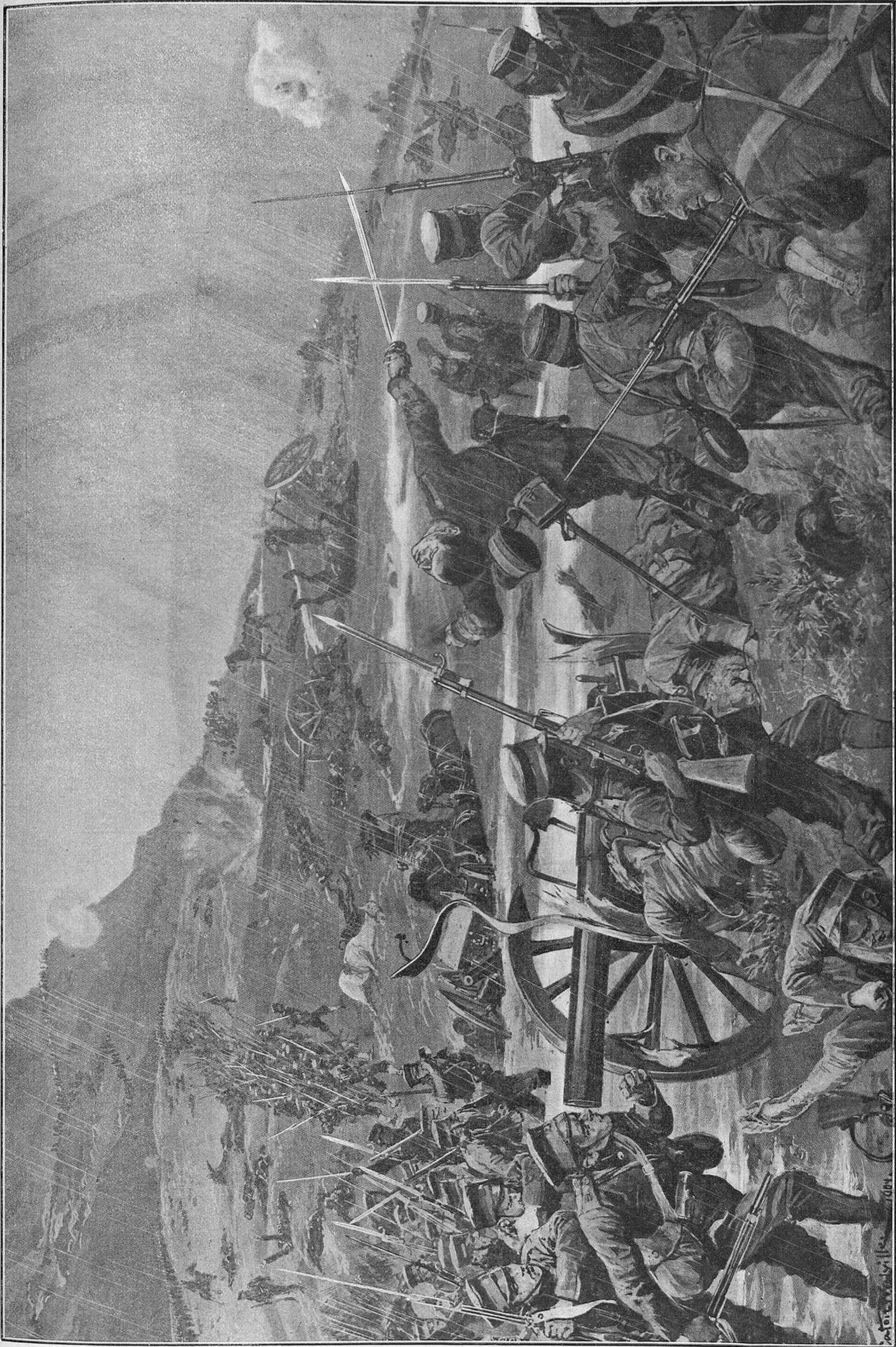
La noticia de la toma de Liao-Yang ha causado en todo el Japón indecible entusiasmo. En Tokio hubo grandes iluminaciones y una multitud inmensa con



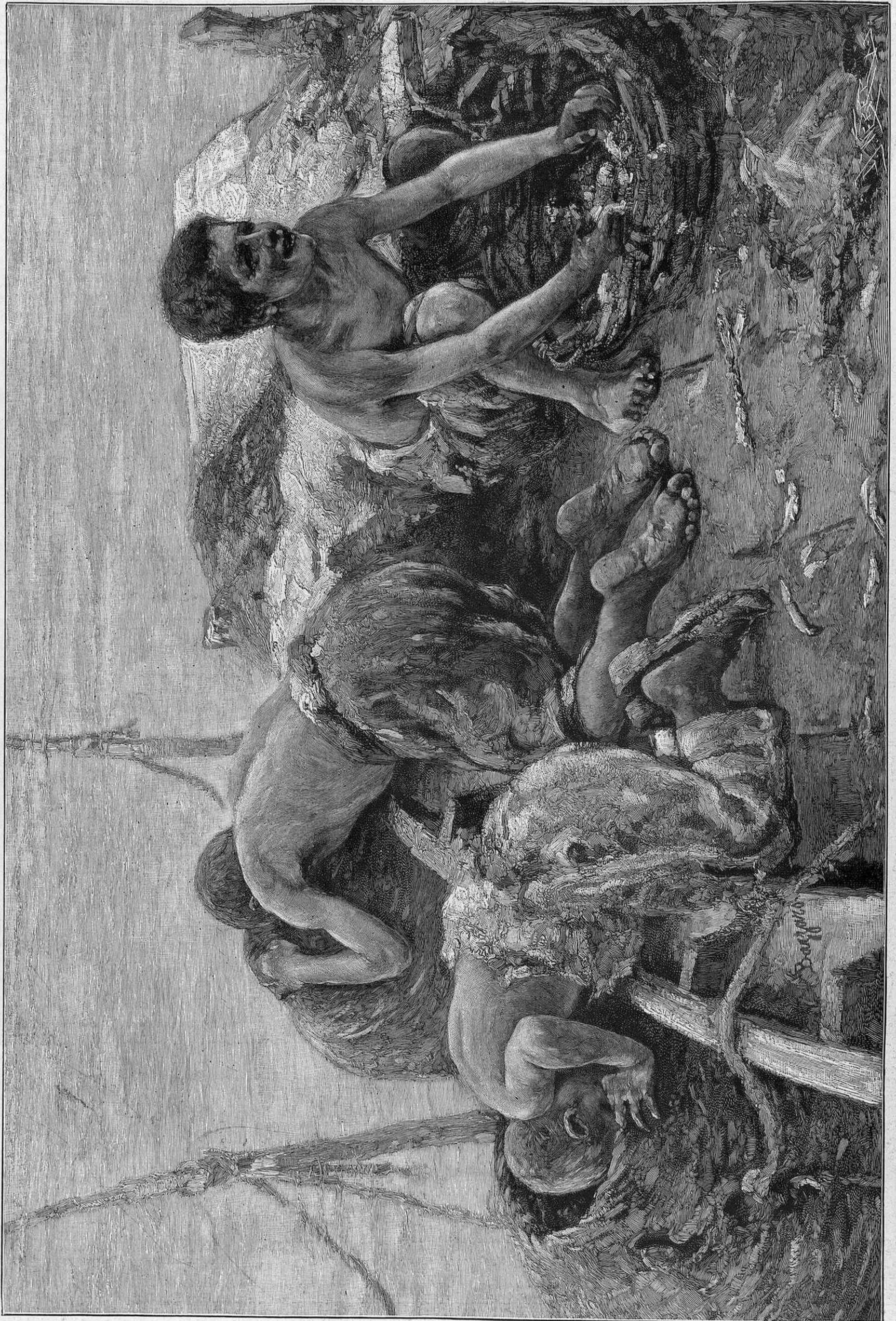
TENIENTE GENERAL DEMBROWSKI, comandante del quinto cuerpo de ejército siberiano que opera en la Mandchuria

millares de faroles recorrió las calles de la ciudad aclamando los nombres de Oyama, Kuroki, Nodzú y Okú. Además para festejar la victoria de las armas japonesas celebróse un gran banquete militar al que asistieron los príncipes, los ministros y los estados mayores del ejército y de la marina.

En San Petersburgo la derrota de Kuropatkine ha producido tristeza, pero no desaliento. Los periódicos no estiman la evacuación de Liao-Yang como un desastre militar y muchos de ellos la consideran como un suceso previsto y hasta preparado



GUERRA RUSO-JAPONESA.— Un combate en plena tormenta.— Los japoneses desalojando á los rusos de los desfiladeros situados al Sudeste de Kaiping. (Dibujo de R. Catón Woodville)



NIÑOS PESCADORES, cuadro de Leonardo Bazzaro



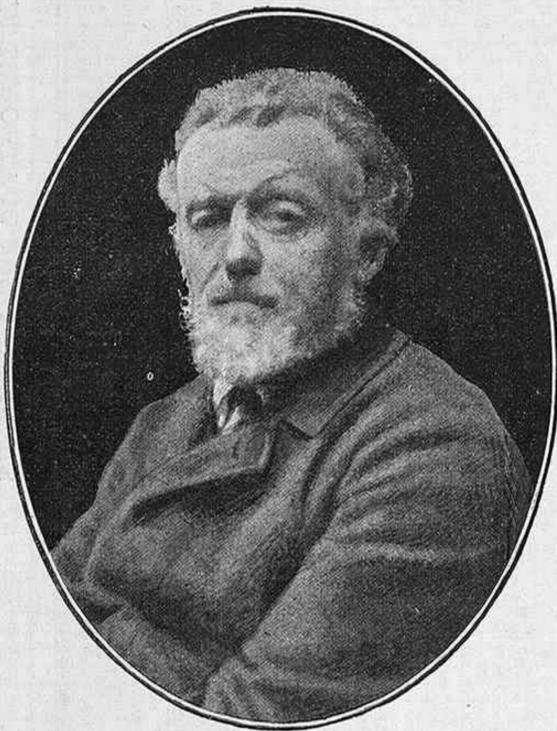
SATURNO Y LAS CUATRO ESTACIONES, cuadro de E. Veith

desde el mes de julio y como continuación del plan de aquel general, que consiste en atraer á los japoneses hacia el interior de la Mandchuria debilitándolos con una serie de combates sucesivos que les causen el mayor número posible de bajas, hasta el momento en que Kuropatkine pueda asestarles el golpe final y decisivo.

Continúan los asaltos en Puerto Arthur. La intrepidez de los japoneses es infatigable y sólo puede compararse con la tenacidad de los rusos. Cada día se verifica un nuevo ataque que cuesta á los sitiadores pérdidas enormes y excita el ardor de la resistencia de los sitiados. De todas las operaciones allí realizadas, la más importante ha sido el asalto general comenzado el 27 de agosto y terminado en la mañana del 31, en que los japoneses se retiraron conservando únicamente la posición de Pa-Li-Chwang, al Norte de la ciudad, y no pudiendo apoderarse de la posición de Itse-Chang, próxima á la anterior, á pesar de haberla atacado vigorosamente.—R.

NUESTROS GRABADOS

Un primo de Don Guzmán ó Así se pinta la Historia, cuadro de Segundo Cabello Izarra.— Hay en este cuadro algo más que la nota cómica que á primera vista en él resalta; y á poco que se medite sobre cuál ha sido la intención de su autor, se verá que el lienzo encierra una lección muy digna de ser aprovechada por ciertos artistas que se dedican al género histórico, creyendo que con tres ó cuatro vestiduras, armas, muebles y chirimbolos más ó menos auténticos de distintas épocas y un par de zafios modelos, pueden atreverse lo mismo con Grecia y Roma antiguas, que con los guerreros de la Edad media, y así pintan el juicio de Salomón como el sacrificio de Guzmán el Bueno. Contra éstos va dirigida la sátira del distinguido pintor leonés y ojalá ella hiciera soltar los pinceles á más de cuatro que en maltratar la Historia se empeñan, dejando esta clase de pintura, una de las más difíciles indudablemente, para aquellos que á fuerza de estudios y de visitar museos y bibliotecas, llegan á desentrañar el espíritu de una época y á dominar la arqueología, único modo de que el cuadro histórico no sea simplemente un conjunto de figuras mejor ó peor pintadas, pero sin ninguna expresión, y de objetos allí puestos sin orden ni concierto y sí únicamente para constituir otros tantos *tours de force* de dibujo ó de color que, como los espejuelos para cazar alondras, no engañan ya más que á los incautos.



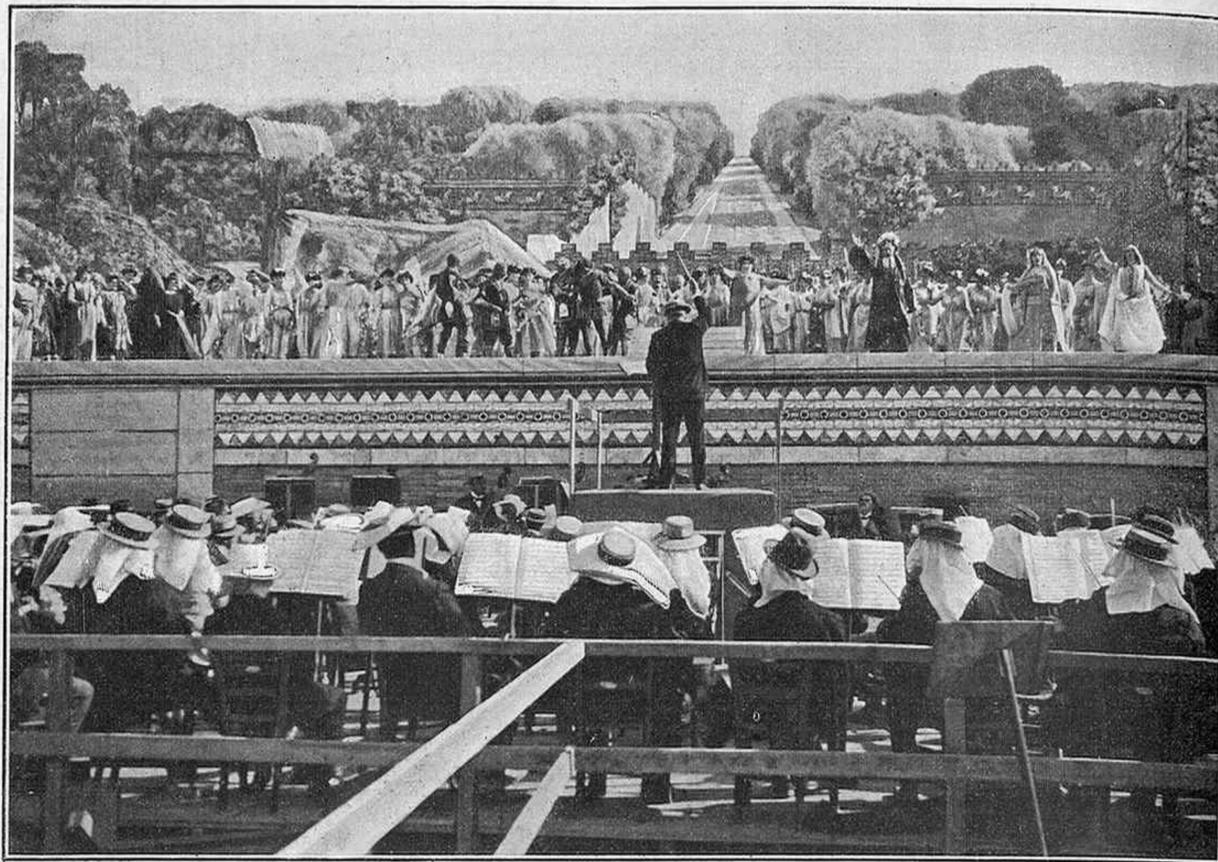
El célebre pintor francés FANTIN-LATOURE fallecido en Bure (departamento del Orne) en 27 de agosto último

Fantin-Latour.—Nació este célebre pintor en Grenoble en 1836, y después de haber recibido las primeras lecciones artísticas de su padre, prosiguió sus estudios en París, con Lecoq de Boisbaudran, luego en la Escuela de Bellas Artes y finalmente en el taller de Courbet. Residió después algún tiempo en Inglaterra, dedicándose allí casi exclusivamente á los retratos, que fueron en lo sucesivo su especialidad, complaciéndose sobre todo en agrupar en un mismo lienzo los de las eminencias en el arte y en la literatura, de quienes era amigo íntimo: pueden citarse en este género *El taller de Batignoles*, *Junto al piano* y *Un ángulo de mesa*. Pintó también admirables cuadros de naturaleza muerta y de flores, y consagró además su talento á la litografía, vendiéndose, de algunos años á esta parte, á elevados precios las estampas por él firmadas, muchas de las cuales se conservan en el Museo de Dresde. Fué tan excelente dibujante como colorista; hombre modesto, casi tímido, huyó siempre de todo lo que pudiera parecer reclamo, habiendo sido su vida modelo de dignidad personal y de probidad artística. El vulgo le conoció poco; en cambio los aficionados e inteligentes se disputaron sus cuadros que hoy figuran en las principales galerías particulares y en los más famosos museos públicos.

Representación de «Armida» de Gluck, en las Arenas de Beziers.—Continuando la serie de grandes representaciones comenzada en 1898, gracias á la inteligente

iniciativa de M. Castelbon de Beauxhostes, se cantó el 28 de agosto último en las Arenas de Beziers la hermosa partitura de Gluck *Armida*, cuya ejecución estuvo confiada á Felia Litvine, Armada Bourgeois y Valentin Duc, de la Opera de París;

escuela, tan intensiva que á ella se debe en primer término el buen nombre alcanzado por el arte catalán. Bien haya su memoria y bien hayan los que aún hoy se enorgullecen por contarse en el número de sus amigos y aprovechados continuadores.



REPRESENTACIÓN DE LA ÓPERA «ARMIDA» DE GLUCK EN LAS ARENAS DE BEZIERES (de fotografía de León Bouet)

á Celeste Grit y á Billot, de la Opera Cómica; y á Cazeneuve, de los Conciertos Colonne. La orquesta, compuesta de 300 profesores, estuvo dirigida por los maestros Viardot, de la Opera, y Mussy-Verdie; y además tomaron parte en la representación 250 coristas y 60 bailarinas. El decorado había corrido á cargo de los notables pintores escenógrafos Jambón y Bailly. El éxito fué colosal, habiendo sido la obra aplaudida con gran entusiasmo por los millares de espectadores que llenaron las Arenas.

Boceto de monumento al Petrarca, obra de Guerri y Romanelli.—Arezzo ha celebrado últimamente grandes fiestas en conmemoración del sexto centenario del natalicio del inmortal Petrarca, que allí nació en 20 de julio de 1304. Entre las ceremonias con que se ha solemnizado esta fecha tan digna de ser recordada, figuró la colocación de la primera piedra del monumento dedicado al sublime cantor de Lira. El boceto de este monumento, que se levantará en la plaza de la catedral, uno de los más hermosos templos góticos de Italia, es obra de los celebrados escultores Guerri y Romanelli y ha sido premiado en público concurso, y en él se alza sobre artístico pedestal adornado con varios relieves la estatua del Petrarca, cubierta la cabeza con la capucha, tal como lo representan los cuadros y grabados de la época, sosteniendo en su mano derecha un libro y el brazo izquierdo extendido en ademán de recitar en alta voz.

Saturno y las cuatro Estaciones, cuadro de E. Weith.—De entre las varias significaciones que la mitología atribuye á Saturno, la más vulgarizada es la que le hace representación del tiempo; en este sentido lo han tomado casi todos los artistas que lo han reproducido en sus lienzos, presentándolo como anciano de lengua barba que empuña con una mano la guadaña y con la otra un reloj de arena, emblema de la destrucción la primera y el segundo del curso jamás interrumpido de los instantes. En esta imagen tradicional de la divinidad antigua se ha inspirado el notable pintor alemán Weith, en cuyo cuadro aparece el dios rodeado de las cuatro Estaciones en que el año, y por ende el tiempo, se divide. Acertadísimo ha estado el artista en la manera de tratar las figuras de su composición, pues en cada una de ellas se retrata perfectamente el carácter que de las demás la distingue.

Niños pescadores, cuadro de Leonardo Bazzaro.—Entre los artistas italianos que sin haber nacido en las inmediaciones de las lagunas se han inspirado más y mejor en la vida popular y en la naturaleza de Venecia y con mayor fervor han dedicado sus pinceles á estos asuntos, figura en lugar preferente Leonardo Bazzaro. Nacido en Milán en 1853, fué discípulo de Bertini y desde muy joven llamó la atención con los lienzos que expuso en los salones artísticos de Pisani, en Florencia, y de Goupil, en París, conquistando además algunos premios en varias exposiciones. En la de Venecia de 1897, su cuadro *Plegaria* causó gran admiración así por el sentimiento que todo él respiraba, como por la perfección de su parte técnica; era una composición veneciana como casi todas las suyas, y por su asunto (dos mujeres en una lancha rezando el *Angelus* á la caída de la tarde) y por el modo admirable con que en él se veía reproducido el tinte melancólico del agua y del cielo, apenas iluminados por la luz crepuscular, causaba emoción intensísima. Sus *Niños pescadores* constituyen una nota más alegre, pero no menos sugestiva.

Paisaje, cuadro de Joaquín Vayreda.—Para todos los amantes del renacimiento pictórico catalán el nombre de Vayreda inspira respeto y despierta simpatías. Todos recordamos que fué ferviente y apasionado apóstol de la evolución artística y que, arrojando los rigores y la oposición que podía oponerle el rutinarismo, cultivó el ruralismo, rindiendo así á la época en que vivía el tributo que merecía y á su país el caudal de su sentimiento. Desde Olot, en la región pirenaica, inició el movimiento, y grato es confesar que pronto logró formar

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, B^e Italiens, Paris

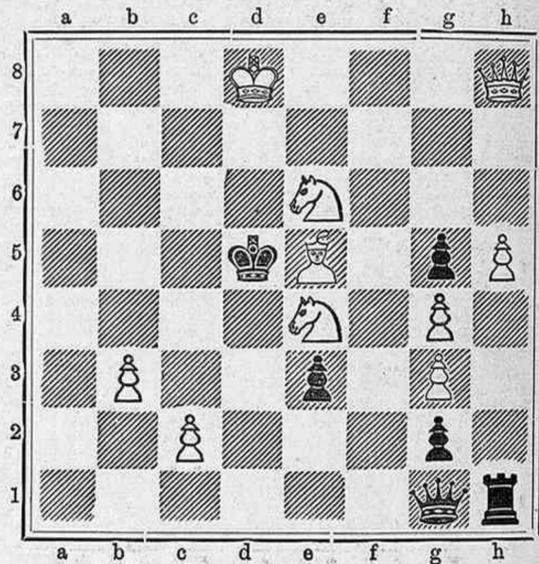
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación):

ENVÍO N.º 3. — LEMA: «Don Eskil.» — La siguiente es la nueva forma enviada por el autor en sustitución de la publicada anteriormente.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

ENVÍO N.º 10. — LEMA: «Mane, Thecel, Phares.» — BLANCAS: Re1, Th1, Aa5 y c8, Ph4 (5 piezas). NEGRAS: Rg3, Ph5 y h6 (3 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 8. — «Emendatum.»

1. Td4-d3, Ah7xg6; 2. Ah8xc3, etc. b4-b3; 2. Td3xc3 jaq., etc. Cb7-d6; 2. Ah8-d4 jaq., etc. Ah7-g8; 2. Ah8xc3, etc. Otra jug.ª; 2. Ce8-f6, etc.

ENVÍO N.º 9. — «Marina.»

1. Ca6-b4, Re5xd4; 2. Dg8-c4 jaq., etc. Tc7-d7; 2. Dg8-c6 jaq., etc. Ah4xf2; 2. Dg8-g5 jaq., etc. Ce8-f6; 2. Tf2-f4, etc. Otra jug.ª; 2. Td4-d5 jaq. 6 Cb4xc6 jaq., etc.

Tiene otra solución que empieza con 1. Tf2-f4.

(Se continuará)

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Razón de más para redondear las tierras y aumentar el capital. Tiene usted el medio á mano.
—No es seguro. Creo muy posible que Daniel

—¿Quién sabe todavía?
—¿Y la gran artista? ¿Y Camila Girardot?
—La gran artista no se ha casado y no tiene más



Ya ve usted, Graciana, que me acuerdo bien

guste á la muchacha, porque es bastante buen mozo, amable y brillante para impresionarla... Pero Girardot... y su mujer... Esos no se entusiasmarán y estarán por lo positivo... Si su nieta es tan buen partido, encontrarán que mi señor hijo no aporta bastante dote ni bastantes esperanzas...

—No encontrarán tal, señor barón.
—¿Por qué lo dice usted con esa certeza?
—Porque ha hablado usted de todo menos de lo principal.
—¿Qué es?
—El título de barón. La esposa de don Daniel será un día baronesa, baronesa de veras, no de la nobleza del Imperio, no de la nobleza romana, aunque yo la deba gran respeto, sino de la vieja, de la buena...
—¡Ah! En ese punto nada tengo que envidiar. Puedo justificar ocho siglos, señor cura.
—Por mucho menos que eso desembarcan en Francia con sus miles de millones las señoritas americanas. Diga usted una palabra nada más á don Daniel; muéstrele la propiedad de la Zarzalera...
—No, la mitad solamente.

familia que Graciana. Además, está reñida con sus padres y no se sabe cómo testarán éstos. Puede ser muy bien que vengan á añadirse á las tierras del castillo los dos tercios de la Zarzalera. Y no hablo de la fortuna del Sr. Delestang, que será acaso al que más encante esa boda...

—Venga usted, pues, á hablar de esto con la baronesa cuando Daniel no esté presente. Y después, á comer; porque se queda usted á comer con nosotros...
—No sé si debo permitirme...
—Permitaselo usted, hombre, permitaselo usted. Y en la mesa, sin afectación...
—Sobre todo, que no parezca que sale de mí...
—Y Dios quiera que mi señor hijo sepa aprovecharse...

Unos días después de esta conversación diplomática, Graciana vió llegar corriendo á Marieta.
—La Borel está muy mala.
—¿Qué tiene la pobre vieja?
—Tiene ante todo su edad, y hace un momento parece que le ha dado un síncope. Voy á verla.

—Me voy contigo.

No estaba lejos la pobre choza, una de las más miserables de aquel caserío de la Espinosa que se apoya en el camino del Isère.

Mientras recorrían apresuradamente la pequeña distancia, Marieta dijo á Graciana:

—Por si acaso, traigo un poco de caldo y un pedazo de pan. Es posible que sea lo que más necesite.

—¡Tan miserable está!..

—Aquello da lástima. Su hijo... Felipe...

—Sí, le conozco.

—Se fué á ser barquero hace ya mucho tiempo. Debe de tener trabajo en Beaucaire, no se sabe á punto fijo, pero ello es que no ha vuelto. No es mal muchacho, pero hace como los demás, no piensa en la pobre vieja más que cuando está aquí. Mientras ella ha podido trabajar por un lado ó por otro, la cosa ha ido bien, pero hace algún tiempo le dan unos ataques... Y como no puede producir el dinero que cuesta, nadie quiere emplearla y ha caído en la última miseria.

—¡La miseria que condena á muerte!... ¡Pobre mujer! Vamos pronto, Marieta.

No tardaron en llegar y aquello era lamentable.

Dos ó tres comadres estaban charlando en el chibitil donde, echada en un inmundo camastro, la anciana agonizaba con los ojos cerrados y el pecho agitado por una respiración corta y anhelosa, sin que nadie pareciese cuidarse siquiera de su agonía.

Cuando apareció Graciana, todas dijeron:

—¡Oh! No hay nada que hacer, señorita; la pobre se muere y es una dicha para ella.

La joven, que no estaba todavía acostumbrada á esa feroz piedad que sienten los pobres unos por otros, se encogió de hombros con impaciencia.

—Ven, Marieta; empecemos por desnudarla. ¡Oh, Dios mío!, no tiene sábanas...

Y al sentir que se ocupaban de ella, la vieja abrió de repente unos ojos de ansiedad, de angustia y de hambre, removié los labios llenos de arrugas y balbuceó unas palabras ininteligibles.

Marieta, que tenía su idea, vertió una cucharada de caldo en aquella boca negruzca.

Y la boca se abrió en seguida de nuevo como para pedir más.

—¿Lo ve usted? Se está muriendo de hambre.

—Dale solamente unas cucharadas.

Y Graciana añadió, respondiendo á una mirada de la anciana:

—Hay que ir poco á poco, abuela. Mucho de una vez le haría á usted daño. Pero desde ahora no le faltará á usted nada.

—¿Quién había de pensarlo! ¡Si lo hubiéramos sabido! ¡Podía haberlo dicho!, exclamaron á coro las comadres.

Y Marieta respondió con mal humor:

—Debíais haberlo sospechado y haber hecho lo que yo.

Aquella asamblea de mujeres estorbaba á la honrada criada, que les dijo:

—Vamos, dejadme pasar al menos, ya que no sirvís para otra cosa que para hacer bulto.

Y hablando de este modo, pronto vió desaparecer la última cotorróna.

Graciana, mientras tanto, iba dando cucharadas de caldo á la Borel, que se reanimaba á ojos vistas.

—Ánimo, buena mujer; esto no es nada.

Pronto se oyó la voz cascada de la vieja murmurar:

—¡Dios se lo pague á usted, señorita!

—Sí, espero que lo hará; respondió la joven riendo, pero por el momento se trata de ayudar á Marieta.

Viendo á la honrada sirvienta ocupada ya en limpiar un poco aquella pocilga, Graciana añadió:

—Espera, voy á casa á buscar algo que falta aquí.

—¿Qué es? Yo iré.

—No, es preciso que yo se lo pida á la abuela. Espérame; en seguida vuelvo, buena mujer; no tenga usted miedo.

Lo que iba á pedir á su abuela eran unas sábanas viejas de algodón, pero blancas y en buen uso.

Y volvía cargada con ellas y con un montón de paquetes de azúcar, de café, de arroz, con que había llenado una cesta, cuando dió un ligero grito de sorpresa y casi de despecho.

Precisamente en aquel momento aparecía en el recodo del camino un joven que iba hacia ella y que no era otro que el teniente Boissier.

La noche de su llegada Graciana le había visto mal, pero bastante bien para estar ahora segura de que no se engañaba.

Aquel esbelto talle, aquella anchura de hombros, aquel paso resuelto... y después, aquella manchita roja del ojal...

Sí, era guapo aquel muchacho. Moreno, con el cutis ligeramente tostado, unos ojos que parecían ya grandes aun á distancia, aunque no se distinguía su color, y unos bigotes levantados que descubrían unos labios rojos y carnosos.

También él la conoció, pues aquellos labios se contrajeron en una sonrisa que descubrió unos dientes macizos y blancos.

El joven no hizo más que llevarse la mano al sombrero y apartarse para dejar paso á Graciana.

Pero ésta se paró de repente y dijo con su más linda sonrisa:

—¡Oh!, caballero... No me pregunta usted siquiera si me he repuesto de mi emoción...

El teniente se ruborizó de asombro.

—No me atreva, señorita, respondió con toda la sinceridad de su sorpresa. Pero, puesto que usted me autoriza, sí, sería feliz, muy feliz de saber...

Y al hablarle crecía su confusión, pues no había podido sospechar que fuese tan linda.

Aquella muchacha cuyo cabello castaño obscuro tomaba al sol reflejos metálicos, le parecía deliciosa.

Y el oficial añadió casi á pesar suyo:

—Sería dichoso sobre todo si usted me permitiera...

Graciana se echó á reír redondamente.

—Y bien, dijo, usted no es el que hizo á mi abuelo cortar sus nogales, ni yo quien ha hecho nombrar alcalde al Sr. de la Rochere. Así, puesto que los dos somos inocentes...

—Es verdad; ¿por qué hemos de tener ulcerado el corazón?, respondió Pedro contagiado por el buen humor de aquella joven encantadora.

Y siguió diciendo, deseoso de informarse:

—Supongo que aquel pequeño susto se pasaría pronto...

—No queda más que mi agradecimiento, tan vivo como en el momento de su heroica defensa.

—¡Heroica! ¿Quiere usted callar? Dos galopines que no esperaron siquiera que me acercase para escaparse como liebres... Pero realmente, señorita, no ha tenido usted suerte, pues creo que jamás se habían tenido encuentros semejantes en nuestros honrados caminos vecinales. Los mendigos van todos por la carretera de Grenoble.

—Lo que no impide que haya yo resuelto no salir más que de día.

—Será lo más prudente.

En este momento Marieta se asomó á la puerta de la Borel para ver si llegaba Graciana y ésta le dijo:

—Sí, aquí estoy... Lo traigo todo.

Y añadió, respondiendo á una mirada curiosa de Pedro Boissier:

—Es para la Borel.

—¿Está enferma?

—Está, sobre todo, abandonada... Y hay que mirar un poco á la pobre vieja.

Pedro dijo de repente:

—¿Quiere usted permitirme que me asocie á su caridad con una pequeña ofrenda?

Y puso discretamente un luis en la mano de la joven.

—Gracias por ella, caballero. Esto le asegura la vida por un mes, y cuando sepa que ha sido usted...

—Es inútil decírselo...

—Sí, se lo diré seguramente.

—No, no me nombre usted. No me atrevería ya á venir á informarme de su estado.

—Pero, sin embargo...

—El que acaba de contribuir á esa obra de caridad es un suscriptor anónimo y usted está obligada á recoger su óbolo sin preguntarle su nombre. Lo repito; no me atrevería á ir más á casa de la Borel y esto sería lamentable... para ella... Y hasta otra vez, señorita... Celebro de todo corazón la casualidad que me ha puesto en el camino de su caridad de usted.

—Entonces, dijo Graciana con un atrevimiento espontáneo, démonos la mano, Sr. Boissier, como dos buenos amigos.

—Lo soy de usted sinceramente, respondió Pedro con voz más profunda.

Y siguió su camino, mientras Graciana recorría los pocos pasos que la separaban de la pobre choza en que la estaba esperando Marieta.

El teniente Boissier se dirigió muy pensativo á la casa en que, á las doce en punto, Antonio limitaba sus concesiones de cortesía á decir á la criada:

—Prevenga usted al señorito que me pongo á la mesa.

Después de lo cual se servía la primera cucharada de humeante sopa.

Porque en las casas de los campesinos del Delfinado la sopa aparece invariablemente al principio de toda comida, y Antonio Boissier, campesino en cuerpo y alma, no hubiera faltado á esa costumbre por nada del mundo.

—La sopa, decía muchas veces, es la salud del cuerpo. Eso es lo que impide á los soldados hacerse unos enclenques ó ponerse tísicos.

Cuando vió aparecer á su hijo, dirigió una astuta mirada de satisfacción y de orgullo á aquel guapo mozo de anchos hombros y condecorado, del que era padre, y le dijo:

—¡Hola, muchacho!.. ¿Vienes de dar tu paseo?

—Sí, del lado del Isere.

—Ya has visto; los trigos tienen buena cara. Habrá mucho grano y poca paja... Y con tal de que no granice en junio...

Pero Pedro, sin responder directamente y con los ojos medio cerrados, como si quisiera conservar la imagen de hacia un momento, dijo:

—Acabo de encontrar á Graciana Delestang. ¡Qué encantadora joven!

—¿La nieta de ese viejo jesuita de Girardot? No se ve más que á ella por los caminos... La otra noche..., hoy... Antes no venía más que en las vacaciones.

—Tu arrendador Drivón me ha dicho que esa joven vive ahora con sus abuelos.

—¡Calla! ¿Si estará enferma como su madre que vino á morir á la Zarzalera?

—¡Enferma! ¡Vaya una idea! Es una primavera en todo su esplendor. Hay en su mirada, en su sonrisa y en su voz una juventud llena de gracia, de fuerza y de vida.

—Y bien, si la quieres mal, no lo dices por cierto.

—¿Por qué he de quererla mal?

—Porque es una Girardot, muchacho, y esas gentes son nuestros enemigos.

—Esa joven, sin embargo, no te ha hecho nada malo.

—No... Pero su abuelo... En fin, basta.

—¡Su abuelo! Ella tenía acaso entonces tres ó cuatro años... Te aseguro que me parece injusto y poco razonable el ver en esa muchacha una enemiga...

—No necesito saber tus ideas en este punto. Yo tengo las mías. En las familias se apoyan los unos á los otros y los hijos no tienen que criticar á sus padres. Aquí tienes mis ideas, que son las buenas. Las comprenderás mejor cuando tengas hijos á tu vez, lo que no debería tardar mucho.

Y añadió riéndose, pues había visto que Pedro se enfurruñaba y no quería realmente disgustarle:

—Solamente, tendrás que buscar mujer fuera de la Zarzalera, ¿eh?

El teniente no pudo menos de reír también.

—Con tanta mayor razón cuanto que creo que el tal Girardot debe tener exactamente las mismas ideas que tú.

—Ya ves que hay que dejar en paz á esa señorita.

—Es lástima, dijo Pedro sin dejar de sonreír, porque me parece encantadora. Cuando la encontré iba cargada de medicinas, provisiones y ropas para la Borel, que está enferma. No he visto nunca nada tan lindo como esa joven realizando tan sencillamente un acto de exquisita caridad, de esa caridad que da á los desgraciados la limosna de la sonrisa al mismo tiempo que la del pan.

Antonio Boissier se encogió de hombros con impaciencia.

—Sí, farsas para hacerse bien ver por esos mendigos y darles en seguida una papeleta electoral. Te dejas engañar y no recuerdas que dentro de tres meses son las elecciones y que el Borel dispone de los barqueros del río, que siempre han votado por la República y por mí, y con los cuales cuento cuando llegue el caso... ¡Pardiez! Querrán añadir esos votos á los del hatajo de brutos que sostienen la lista del castillo... Y bien, mejor, añadió descargando en la mesa un puñetazo que hizo temblar los vasos y los platos. Tendrán lo que merecen y verán venir el diezmo para el cura y el trabajo obligatorio para el barón... Serán conducidos á latigazos y reventarán de miseria... Mira, no me hables de esto, porque me harás decir cosas que guardo para mejor ocasión.

De este modo terminó la primera conversación en que Pedro pudo darse cuenta de los sentimientos que alimentaba su padre respecto de su linda vecina.

El joven se quedó, no desolado, pues la cosa no valía la pena, pero sí entristecido.

Aquella nueva prueba de la tenacidad de su padre, de la violencia de sus resentimientos y, sobre todo,

de su obstinación autoritaria, le inspiraban reflexiones que se guardó bien de expresar. ¿Para qué?

La comida, pues, se acabó silenciosamente en aquel comedor parecido al de los Girardot en la meticulosa limpieza, pero en el que aparecía acaso más desdén todavía hacia todo lo que fuera elegancia ó comodidad.

En éste, solamente, la mesa ovalada era más grande, las sillas de paja más numerosas, y allá, en un rincón, había un escritorio de cubierta cilíndrica siempre abierto y repleto de papelotes, que le daban un aspecto casi administrativo.

En el tiempo en que Boissier era alcalde, se habían dado en aquel comedor grandes banquetes á los que asistían diputados, subprefectos y todos los concejales.

Y esto le hacía parecer más solo y más triste ahora que solamente se encontraban en él Antonio y su hijo.

Cuando acabaron de comer, Pedro encendió un cigarro.

—¿Te vas de paseo, muchacho? Bien pensado, ya que el médico dice que debes tomar el aire y echarlas de capitalista. Yo tengo que hacer.

Y le dejó solo en el vasto patio de árboles por el que se sale al camino.

Pedro hizo un ademán indefinible: cansancio..., desanimación...

«No, murmuró, nunca me acostumbraré, jamás...»

Y se puso á pensar en su regimiento, en las amistades dejadas por allá, en las ruidosas conversaciones de la fonda y en el cuartito coquetón y alegre que tenía en Aviñón antes de salir para Madagascar y al que volvería dentro de cuatro meses...

Porque Pedro era uno de los dichosos del regimiento.

El orgullo de su padre no hubiera soportado el deber nada á nadie, ni aun á su hijo.

Pedro tenía la fortuna de su madre, pero nunca había pedido cuentas. Por otra parte, toda consistía en tierras que formaban parte integrante de la propiedad de la Umbría.

Pero Antonio Boissier, que se había constituido en arrendador de su hijo, le pagaba escrupulosamente la mitad del producto de sus cosechas.

Esto representaba unos cuantos miles de francos que, unidos á su sueldo, hacían del teniente Boissier lo que se llama en el regimiento un oficial «que está bien por su casa,» casi un oficial rico.

No, seguramente, no cedería al deseo de su padre y se guardaría bien de cambiar aquella existencia por la que ya le pesaba hacia dos meses al darse cuenta de que su padre y él no estaban de acuerdo en nada y que la explosión era inevitable.

«¡Bah!, decía, todavía cuatro meses; el tiempo necesario para echar fuera completamente, con el aire natal, esta fiebre que aún me hace tiritar cuando se pone el sol, y en seguida, pronto al regimiento.»

Y aspirando á plenos pulmones el aire cargado de efluvios de mayo que le ponía fuerte y ágil, dió un suspiro de pena.

«¡El país natal! ¡El país al que estamos unidos por raíces misteriosamente profundas y en el que uno ha llorado y reído, de pequeño, en los brazos de su madre!..»

Y su pensamiento siguió vagando.

«¡El país en el que, si los hombres no fueran malos, injustos y estúpidos, encontraría, muy cerca acaso, una amiga, una compañera para hacer la vida lógica, verdadera y envidiable!»

Pero entonces añadió encogiéndose de hombros:

«Solamente que los hombres se ingenian para que la dicha sea imposible, y lo mejor que puedo hacer es olvidar pronto lo que nunca sería más que un pesar.»

En la Zarzalera ocurrió pocos días después un gran acontecimiento.

La antevíspera, el barón de la Rochere se presentó, como siempre, sin cumplimientos. Pasaba por allí y entró, naturalmente, á saludar á aquella excelente señora de Girardot. Cuando vió la encantadora niña que le presentaba su amigo, dió un verdadero grito de sorpresa.

—Nuestra nieta, señor barón, que su padre nos ha confiado por algún tiempo para que no estemos tan solos.

—¿Cómo! ¿Esta señorita es?..

—Nuestra querida Graciana, sí, la hija de la pobre Angela...

—¡No vuelvo de mi asombro! La última vez que la vi era una niña, y ahora...

—Ahora tiene ya veinte años, señor barón.

—Me confunde usted. Bien sé que el mío tiene veintisiete. ¡Ah, amigo mío, qué viejos nos hacen estos chicos! Pero, en fin, también nos rejuvenecen con sus pocos años...

Y añadió como si le ocurriese la idea de repente: —Pero, ahora caigo, hay que estrechar las amistades... Mi mujer se quedará encantada. Vengan ustedes á comer con nosotros..., no mañana, pues la baronesa diría que la cojo de improviso y á las amas de casa no les gusta eso, ¿verdad, señora Girardot?...; pero si pasado mañana. ¿Conformes, eh? Sin ningún cumplido; no habrá nadie más que nosotros. A las doce; así el Sr. Girardot no se acostará tarde.

Una invitación tan espontánea y tan cordial no se rehusa.

Y he aquí por qué, dos días después, los señores de Girardot estaban sobre las armas y Graciana se presentaba con un traje que, sin gran apariencia, le sentaba á las mil maravillas.

—¡Hola, hola!, dijo Girardot; se ve que hay un buen mozo en el castillo.

—¿Por qué le dices esas cosas? Puede que ni siquiera esté allí.

—Espero que estará, abuela. Y me disgustaría que no estuviera. Prefiero verle, al tal D. Daniel...: un rubio, me acuerdo, que parecía muy dichoso de vivir. No debe de ser desagradable.

—¡Oh! En cuanto á eso, puedes estar tranquila, no lo es.

—Entonces me encantará conocerle. Y verás como él también se alegra, porque, en fin, abuela, yo tampoco soy fea...

—¡Miren la vanidosilla!..

—Tiene razón, dijo Girardot; sabe lo que vale. Dices bien, Graciana; no tienes que envidiar á nadie.

—Sí, sí, bonitas ideas le metes en la cabeza á esta muchacha...

—¡Como si tú no fueras de la misma opinión!

Cuando estuvieron dispuestos, Girardot cogió su bastón de caña con puño de marfil —un regalo hecho á

su padre por un primo suyo, capitán mercante,—la señora de Girardot se llevó la mano al cuello para cerciorarse de que llevaba bien prendido el hermoso broche de brillantes, comprado en París, en el viaje de boda, y los tres echaron á andar por los sinuosos caminos en cuya rojiza arena se proyecta la sombra violeta de los vetustos nogales.

Un cuarto de hora después llegaron al castillo y en seguida empezaron los cumplimientos y las presentaciones.

La baronesa de la Rochere era una buena señora, un poco gruesa y algo subida de color, que obedecía, como la de Girardot, á ese adorable y maravilloso instinto de maternidad que hace á las mujeres tan débiles y tan indulgentes para con los hijos, siempre dispuestos á abusar de su ternura.

Cuando vió aparecer aquella linda flor de mayo, aquella morenilla de ojos negros que se inclinaba profundamente, preguntó:

—Se llama Graciana, ¿no es verdad? Vamos, déme usted un beso, linda niña. Siempre es una fortuna para una cara vieja el contacto de unos labios tan frescos.

Y mostrando á un joven alto y rubio, bastante guapo, que se adelantaba saludando, añadió:

—Mi hijo Daniel.

—Y bien, dijo jovialmente el barón; ¿no quieres creer á tus ojos? Sí, querido, es esta niña...

—... La que yo encontraba hace unos años por los caminos, con su trenza colgando, su falda corta y cierto airecito de burlarse de la gente. Ya ve usted, Graciana, que me acuerdo bien.

—Yo también me acuerdo, dijo alegremente la

joven. Pasaba usted con frecuencia á caballo, y yo encontraba que un jinete con polainas amarillas y látigo de caza sin restaño, era mucho más bonito que un ciclista. No ha cambiado usted nada.

—Usted, en cambio, ha variado mucho y lo ha hecho admirablemente. Ya era usted una deliciosa niña; y ahora... Pero diciéndoselo á usted no le enseñaría nada nuevo...

—Vamos, D. Daniel, interrumpió la de Girardot, basta de piropos. Eso no es bueno para las jóvenes.

—No decía usted eso cuando se los echaba el Sr. Girardot.

tos de artista, ideas propias y cierto aire de independencia y de voluntad que le sentaba perfectamente; era aquella la mujer soñada, la mujer de la que se puede ser amante al mismo tiempo que marido y camarada, para escaparse de vez en cuando á hacer una vida más divertida que la de Saint-Romain... mientras los papás cultivan las tierras cuyos productos son tan bien empleados...

De modo que al caer la tarde, cuando padre é hijo volvían de acompañar á sus convidados hasta la Zarzalera, Daniel respondió á la pregunta del barón:

—¿Cómo encuentras á Graciana?

—Deliciosa, papá. Me hago formal, me caso y seré el modelo de los maridos. Pídela.

—¡Eh! ¡Eh! No tan deprisa... Si crees que no hay que hacer más que eso, te engañas, amigo. Hay que poner sitio á la plaza.

—Está bien.

Y poniéndose la mano en el corazón, dijo con solemnidad cómica, que no dejaba de tener cierto acento de sinceridad:

—Papá, voy á establecer en seguida la primera paralela, como diría nuestro vecino, el teniente Boissier.

Al pronunciar el nombre de su antiguo compañero de colegio, Daniel no sospechaba que en aquel momento se estaba verificando en la mente de Graciana una comparación silenciosa entre aquellos dos jóvenes que tenía tan cerca y que eran tan distintos, sin embargo, y tan lejanos el uno del otro.

El cura Gaindrón, con su olfato de sacerdote y de campesino, había visto claro. Girardot y su mujer volvían del castillo llenos de entusiasmo é hinchados de orgullo.

Nunca el barón había estado tan campechano y tan franco, ni la baronesa tan familiar, ni D. Daniel tan alegre y tan amable.

Los buenos viejos no cesaban de hablar de aquella interminable conversación, con los codos sobre la mesa, en la más perfecta intimidad, en un abandono que parecía excluir todo secreto y en una confianza que era la más hábil y la más delicada adulación para con un amigo cuya importancia y, casi, cuya superioridad afirmaba así el barón.

Porque, en fin, el Sr. de la Rochere le había pedido consejos, fiado en su experiencia, y no vacilaba en proclamar que la Zarzalera era una propiedad admirable, la primera, la mejor cultivada y la más productiva de Saint-Romain.

¡Y qué buenas personas aquellos la Rochere!... ¡Cómo prescindían de las preocupaciones nobiliarias, que ya no son de esta época, en la que la sola superioridad es la de la inteligencia, la del trabajo y la de la fortuna honradamente adquirida!

Y Girardot llegó, naturalmente, á hacer á Graciana la misma pregunta que el barón había hecho á su hijo.

—¿Cómo encuentras á ese joven?

—Muy amable, respondió ella sin vacilar. Es un buen muchacho que debe de aburrirse mucho en Saint-Romain.

—Pues lo que es hoy no lo parecía.

—Hoy estaba ocupado en examinarme de pies á cabeza con mucho disimulo, y en efecto, parecía que le interesaba esa ocupación. Pero no se tiene todos los días una personita como tu nieta para pasarle revista. Así es que me pregunto en qué se ocupa, pues, entre nosotros, me parece que sus preocupaciones intelectuales... ó artísticas...

(Continuará)



Pedro empujó la puerta y se encontró con Graciana

—Hace cuarenta años de eso, dijo suspirando el aludido.

—Entonces, dentro de diez será el medio siglo.

—Perfectamente; y espero que estaremos todavía tan tiesos.

—En ese caso bailaremos. La comprometo á usted para el primer vals, señora de Girardot.

—Está convenido. Peor para usted, porque tendrá que hacerme dar vueltas. Eso le enseñará á bromear con la vejez.

Con ese tono, pronto se estableció la intimidad.

La comida pasó alegremente, en la beatitud de esas abundantes comilonas provinciales que se prolongan horas y horas, con sus tradiciones casi sagradas, sus ritos casi solemnes y la exhibición final de las obras maestras de pastelería y de repostería que son la gloria y la emulación de las amas de casa.

Daniel tenía ingenio y sobre todo buen humor.

Aquel muchachón un poco tronera, que con el pretexto de estudiar derecho había hecho locuras en el barrio latino y seguía haciéndolas en sus escapatorias á París, á Lyon y á Grenoble; aquel desocupado que valía acaso más que la vida ociosa con la que se estaba preparando, bastante mal por cierto, al oficio de propietario que explota sus bienes; aquel Daniel de la Rochere se había inflamado como un fósforo al contacto de la encantadora joven á la que se refería su padre al repetirle hacia unos días:

—Esa muchacha llevará á su marido seiscientos ú ochocientos mil francos de dote.

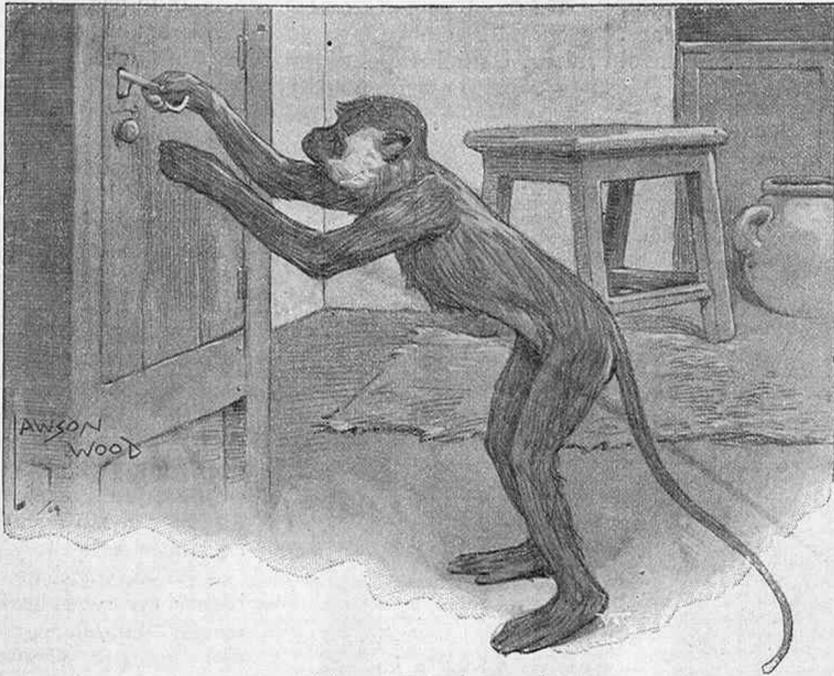
Al primer golpe de vista, Daniel la había diagnosticado, según él decía.

Muy bonita, muy inteligente, muy alegre, con gus-

EL AFÁN DE PROSPERIDAD

EN LOS MONOS

El sentido literal de la palabra prosperidad es el logro de algo que se desea; implica la adquisición de mayor riqueza de la que estrictamente se necesi-



... sabía meterla en la cerradura...

ta. El encontrar meramente el medio de vivir con alguna comodidad, puede considerarse como prosperidad en cuanto no es adversidad; pero como se supone que al hallar ese medio está al alcance de todos el remedio, y por lo tanto, que es el estado normal ó el cero desde el cual la prosperidad y la adversidad principian á contarse como cantidades positivas ó negativas, no entra propiamente dentro del significado corriente de dicha palabra.

La idea dominante de todo sér viviente es el deseo de su propia felicidad, y la realización de ese deseo puede decirse que es la prosperidad. El objeto principal de la humanidad es adquirir riquezas como un medio para ser feliz, y la facultad que tenga cada individuo para acumularlas con exceso dará la medida de su prosperidad. El instinto de la propia conservación es el motivo primordial de la adquisición, y cuando ese deseo excede de los límites de un uso económico, se convierte en avaricia, y el estado feliz, al que tantos aspiran y tan pocos alcanzan, puede condensarse en esta sencilla fórmula: el instinto de adquirir riquezas es la codicia, la habilidad para conseguirlas es el talento y el lograrlas es la prosperidad.

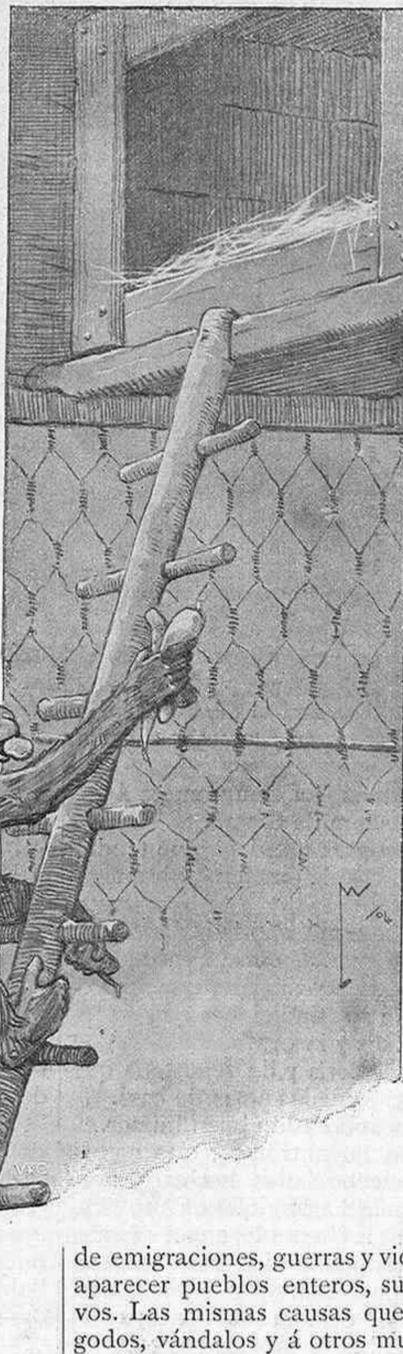
Puede un individuo tener ansia de riquezas sin tener talento para conseguirlas; otro tener talento sin avaricia que le sirva de estímulo, y únicamente aquellos que tienen ambas cosas lograrán la prosperidad. Habiendo estado mucho tiempo en contacto con monos de todas las especies y hecho un estudio detenido de sus hábitos y funciones mentales, he observado en esos animales muchos rasgos y facultades que, generalmente, se tienen por propios del hombre únicamente. Como todos ellos poseen el instinto de la propia conservación, no es extraño que, dadas ciertas condiciones, se convierta en avaricia, y como muchos de ellos tienen la inteligencia bastante para realizar sus impulsos, puede decirse, con verdad, que algunos monos disfrutaban cierto grado de prosperidad. La facultad de imitación, tan visible en los monos, rara vez ó nunca se pone en ejercicio sin tener un motivo. Aunque el animal no comprenda el significado exacto de lo que hace, tal como nosotros lo

entendemos desde nuestro punto de vista humano; aunque el motivo que le induce á hacerlo sea completamente diferente del del hombre, no por eso lo que ejecuta es una mera reproducción mecánica de lo que imita. Por muy indefinido que sea el motivo que le obliga á obrar, no deja sin embargo de existir.

El instinto de emulación es, tal vez, en los monos demasiado débil para que pueda llamarsele ambición; pero algunos demuestran inclinación á ejercer autoridad y tratan de adquirirla. Todas las especies que he estudiado parece que tienen una idea vaga de la propiedad y del derecho de prioridad. Algunos demuestran tener una noción rudimentaria del valor de las cosas, manifestada por su percepción de los números y de las dimensiones. Pero hay un hecho importante que no debe pasar inadvertido, y es que los monos varían tanto en sus gustos é inclinaciones como el hombre y que ningún individuo representa fielmente á toda su especie.

Hace menos de cuarenta años la isla de Santo Tomé estaba ocupada por dos especies distintas de monos. Los *Monas* vivían en las llanuras y valles, y los *Cephas* en la parte montañosa y menos fértil, y ambas especies eran muy numerosas.

Pero llegaron á la isla, por el tiempo indicado, algunos colonos con la idea de plantar palmeras de coco y principiaron á talar los



... escondía parte de la saya bajo la paja de su jaula

espesos montes de la parte baja, declarando la guerra á los monas. Durante años prosiguió la lucha, y aumentando en número los invasores, siguieron avanzando hasta que, poco á poco, arrojaron á los monas á las montañas. Al retirarse éstos de sus dominios, declararon la guerra á los *cephas* y en pocos años los mataron á millares, viéndose obligados los vencidos á retirarse á los más inaccesibles peñascos, ocupando los vencedores todo el territorio. Pero los colonos comenzaron también á cultivar las montañas, y hondonadas y tuvieron que buscar los monas otros domicilios; como lo único que les quedaba eran los picos y picachos adonde habían relegado á los *cephas*, invadiéronlos á su vez. Después de algunos años de lucha, fueron éstos exterminados por los monas y hace más de diez años que no se ha visto en la isla un solo *cephas*, mientras que los monas se cuentan á millares.

La historia de la humanidad nos presenta cien ejemplos de emigraciones, guerras y victorias que hicieron desaparecer pueblos enteros, sustituidos por otros nuevos. Las mismas causas que impulsaron á los arios, godos, vándalos y á otros muchos, influyeron en ese pueblo de monos para determinarlos á invadir, conquistar y apropiarse los dominios de sus vecinos. La costumbre tan general del hurto está muy arraigada en los monos, y está en ellos originada por la avaricia y el instinto de adquisición. Su modo de vivir no permite que en ellos se desarrolle, como en el hombre, el sentimiento del honor, así es que, como el robo es el camino más corto para obtener lo que

se desea, el mono recurre á él, con lo que demuestra que se forma un concepto claro de lo que es este procedimiento, siendo además evidente que lo comete con un objetivo determinado.

En una jaula donde había cinco monos, uno de ellos era un pequeño Rhesus, de inteligencia superior al término medio y de buen carácter, pero hipócrita, poco escrupuloso y ratero empedernido.

En lo alto de la jaula había tres cajones pequeños, arreglados para que en ellos durmieran los huéspedes, pero uno no lo utilizaban.

Cuando se les daba la comida, el rhesus tenía la costumbre de llenarse las bolsas laterales del hocico y la boca y llevarse algo también en las manos, y se subía tranquilamente al cajón vacío, donde todo lo depositaba. Bajaba otra vez, y repetía la operación mientras había algo que llevarse, comiendo luego de lo que había hurtado á sus compañeros; lo que comía nunca llegaba á la tercera parte de lo robado, guardando cuidadosamente el resto, sin permitir que entrara en el cajón ningún otro mono.

¿No es esto atesorar? ¿No es esto afán de prosperidad? Un mono que vi en Africa, no sólo era un hábil ratero, sino un perillán muy ingenioso. Conocía la llave de una pequeña alacena, donde su dueño guardaba el azúcar para el té. Una ó dos veces logró apoderarse de ella y le cogieron infraganti, tratando de utilizarla. Sabía meterla en la cerradura, pero no tenía la habilidad de hacerle dar vuelta y abrir.

Cuando dejaban el azúcar donde pudiera cogerle, se llenaba invariablemente ambas bolsas y lo llevaba al cajón donde dormía, metiéndolo bajo el pedazo de tela que le servía de cama, volviendo á repetir la operación mientras hubiera azúcar que llevarse. Una vez su amo encontró escondidos en el cajón una gran cantidad de palmiche, pan, azúcar y tres plátanos.

¿No es este el primer paso para ser rico? ¿No es esto el resultado del ansia de riquezas y de la inteligencia para apropiárselas? Si no es esto, ¿qué es?

Un amigo mío tenía un vivaracho mono javanés y un perro, que se hicieron grandes amigos y andaban sueltos por la casa, el jardín y huerto adyacentes.

El perro, por naturaleza carnívoro, casi no comía otra cosa que carne, al revés del mono, que se alimentaba de vegetales. El perro, siguiendo las costumbres de su especie, con frecuencia enterraba parte de su pitanza para comérsela después, y el mono, con el mismo objeto, escondía parte de la suya bajo la paja de su jaula.

Esto nada tiene de particular; pero á veces, cuando el perro había escondido un hueso en algún rincón del huerto, iba el mono, ocultándose con cuidado, apartaba la tierra que lo cubría y se llevaba el hueso á su escondite. Un robo tan hábilmente hecho y con tanta premeditación sólo podía obedecer al deseo de adquirir. Del hecho de que el mono no lo quería para comérselo, ha de deducirse que no era su objetivo el proporcionarse alimento para más adelante, y el hecho de que lo hacía siempre á escondidas, demuestra que, hasta cierto punto, tenía conciencia de que aquello era propiedad de otro.

Hace pocos años



.... apartaba la tierra que lo cubría...

un médico amigo mío compró un pequeño rhesus de un organillero ambulante, quien le había enseñado á

pedir y recoger monedas de los espectadores y á guardarlas luego en una alcancía.

Después de estar en poder del doctor, solía quitarse el gorrito rojo que llevaba y alargarlo pidiendo unos céntimos, los que solía darle, y entonces, como ya no tenía alcancía, lo ocultaba en las bolsas de las mejillas.

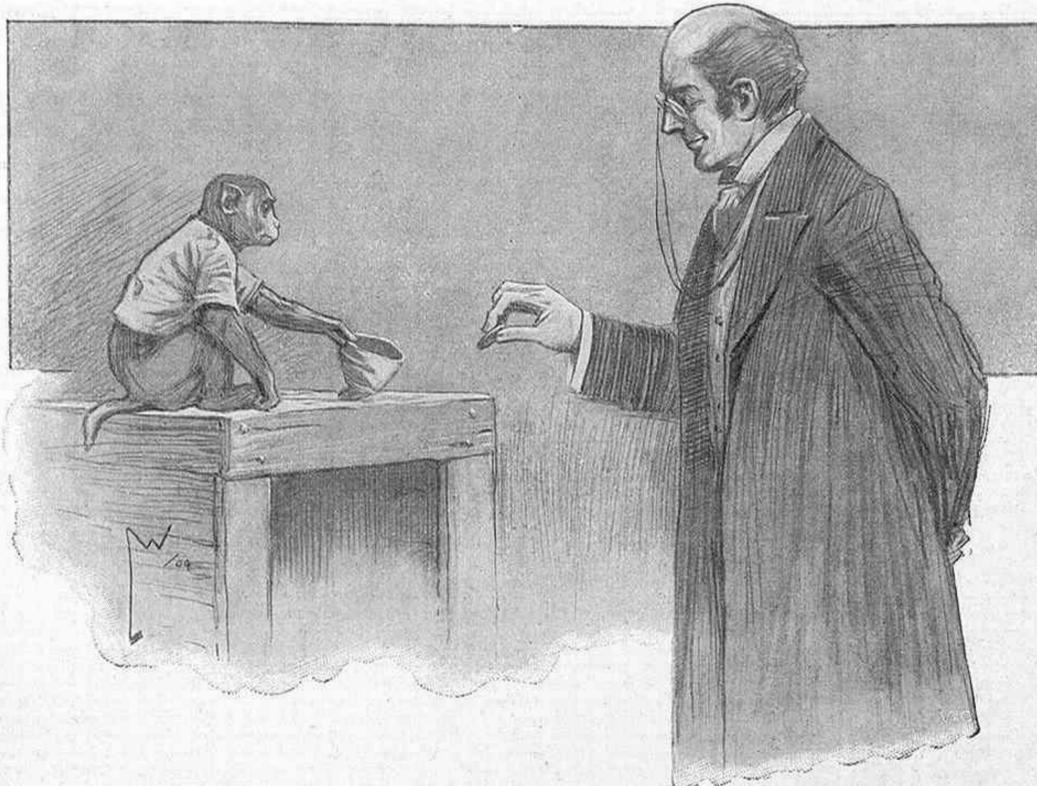
Mucho se sorprendió su dueño al hallar ocultos, en una hendidura de su jaula, hasta 38 monedas de cobre y tres de níquel.

El simple hecho de que el mono las escondiera prueba que alguna idea tenía de su valer; sería muy vaga é indefinida, pero existía. Un estudio ligero de las costumbres del hombre primitivo bastará para convencer á cualquier persona razonable de que semejantes acciones se deben al instinto de adquirir riquezas, más de las que se necesitan para cubrir las necesidades del momento, y la lógica de todos los siglos llevará á la deducción de que iguales causas é iguales medios para obtener iguales fines son equivalentes.

Es cierto que no todos los monos poseen en el mismo grado estos instintos ni los ejercitan con la misma actividad; pero también es cierto que lo mismo sucede entre los hombres. Sin embargo, considerada la especie en general, resulta que de todos los animales inferiores al hombre, los monos son los que están dotados en grado más alto del instinto de adquisición y los que con más éxito lo practican, existiendo entre ellos verdaderos tácticos y caudillos, proyectistas y usureros con todas las mañas y astucias que á estos tipos humanos caracterizan.

R. L. GARNER.

(Dibujos de Jawsom Wood.)



... solía quitarse el gorrito rojo que llevaba y alargarlo pidiendo unos céntimos...

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MIGUELÓN, por *Mariano Turmo Baselga*. - Tal es el título de la hermosa producción del distinguido literato Sr. Turmo, á la que ha cabido la honrosa distinción de ser premiada en el público concurso abierto por los Sres. Henrich y C.^a, editores de la «Biblioteca de novelistas del siglo XX», de que forma parte la obra á que nos referimos. Si *Miguelón* es la primera novela producida por nuestro amigo, justo es consignar que comienza por donde algunos terminan. Hace mucho tiempo que no nos había cabido la suerte de leer una obra tan esencialmente humana y tan española. Es una página real y efectiva de un período preñado de angustias y crueles realidades, observado con admirable acierto y pintado y descrito con esa sencillez, con esa facilidad que le prestan los caracteres de lo que vive y se agita, de lo que retrata y reproduce el modo de ser de un pueblo, con todas sus virtudes y defectos, con sus abnegacio-

nes y egoísmos. Bien merece un aplauso el Sr. Turmo, que ha sabido producir una obra que le enaltece y evidencia sus cualidades, y bien merece el Jurado que se aplauda su decisión, que ha permitido á los editores dar á conocer una producción que honra á las letras patrias. La novela *Miguelón* véndese en todas las librerías al precio de tres pesetas cada ejemplar.

EL DESCANS DOMINICAL, por *Moss. Andrés Pont y Llodrá*. - Estudio de indiscutible actualidad es el llevado á cabo por el Sr. Pont y Llodrá, cuyo mérito tan justamente apreció el Jurado del Certamen celebrado en Palma de Mallorca con motivo de las ferias y fiestas que allí han tenido lugar, distinguiéndolo con la debida recompensa. Esta circunstancia confirma el favorable juicio que nos merece y justifica el aplauso que dedicamos á su autor. El estudio á que nos referimos ha sido publicado en forma de folleto compuesto de 55 páginas y ha sido pulcramente impreso en la tipografía de F. Soler Prats, de Palma.

FIESTAS ESCOLARES DE GUATEMALA. - Con el nobilísimo propósito de perpetuar el recuerdo de este verdadero acontecimiento, tan digno de ser imitado, acaba de publicarse un libro asaz interesante, que honra desde luego á los que han intervenido en su formación. Elogios merece el deseo de reunir en un volumen cuantos elementos intervinieron para glorificar la general cultura, dignificar la enseñanza y demostrar la estima y predilección que la enseñanza merece á los distinguidos estadistas que rigen los destinos de nuestra hermana, pero mayores han de ser nuestros elogios cuando se ha realizado la obra en forma tan cumplida, que constituye una gallarda manifestación del adelanto que ha alcanzado en aquel país la tipografía. Forma el libro un volumen en folio de 164 páginas primorosamente impresas y exornadas con artísticas orlas en varios colores, conteniendo vistas y retratos, composiciones musicales y cuanto, según decimos, recuerda aquella grandiosa fiesta, que ha de quedar grabada indeleblemente en la memoria de los guatemaltecos y que ha producido grandísimos resultados para lo porvenir. El volumen á que nos referimos, engalanado con una portada del mejor gusto, en la que se destaca el retrato del Sr. Presidente de la República D. Manuel Estrada, ha sido impreso en la tipografía Nacional, dirigida por D. Felipe Estrada Paniagua.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Reumáticos y Gotosos!
Tratado de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Exito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA LA GOTA
el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
Pela **PLANCHE** en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. **DETHAN**, Farmacéutico en PARIS

VINO NOURRY
ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.
CLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los médicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.



Paisaje, cuadro de Joaquín Vayreda

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ENFERMEDADES
ESTÓMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO A
LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA CLOROSIS

VINO
AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
 SIEMPRE SON INMEJORABLES

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEPÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co. Bst-Denise 18

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris**

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN